

GRUPO GERMINAL (en defensa del marxismo)
germinal_1917@yahoo.es



cuadernos de formación marxista

León TROTSKY
1923

EL NUEVO CURSO

PREFACIO

Este opúsculo aparece con un retraso considerable debido a un problema de salud. Pero, después de todo, las cuestiones que aquí trato, recién han sido planteadas en la discusión llevada a cabo hasta el momento.

Alrededor de esos problemas, concernientes al régimen interno del partido y la economía del país, se levantaron durante la discusión nubes de polvo que con frecuencia forman un velo casi impenetrable y queman los ojos. Pero esto pasará. Las nubes de polvo, se disiparán y reaparecerán los contornos reales de los problemas. El pensamiento colectivo del partido extraerá progresivamente de las discusiones lo que le es necesario, adquirirá una mayor madurez y se volverá más seguro de sí mismo. Y, de esta manera, la base del partido se ampliará y su dirección, se fortalecerá.

Este es el sentido objetivo de la resolución del Comité Central sobre el “nuevo curso” del partido, cualesquiera sean las interpretaciones restrictivas de que es objeto. Todo el trabajo anterior de depuración del partido, el mejoramiento de su instrucción política, de su nivel teórico y del nivel de preparación de sus funcionarios sólo puede lograr su punto óptimo en la ampliación e intensificación de la actividad autónoma de todo el partido, actividad que es la única garantía seria contra todos los peligros inherentes a la nueva política económica y a la lentitud del desarrollo de la revolución europea.

Pero es indudable que el “nuevo curso” del partido sólo puede ser un medio y no un fin en sí mismo. Se puede decir que el valor del período será determinado exactamente en la medida en que nos facilite la solución de nuestra labor económica.

La administración de nuestra economía estatal es necesariamente centralizada. La consecuencia de esto en los primeros tiempos fue que los problemas y las divergencias de opiniones vinculados a la dirección económica central estuvieron limitados a un círculo estrecho de personas. La elaboración colectiva del partido aún no se abocó directamente al estudio de los problemas y de las dificultades fundamentales de la

dirección centralizada y racionalizada de la economía estatal. Aún en el XII Congreso, los problemas relativos al plan de la economía sólo fueron abordados, en resumidas cuentas, de un modo formal. Esto explica en gran medida que las vías y los métodos establecidos en la resolución de ese congreso casi no fueron aplicados hasta ahora y que el Comité Central debió plantear nuevamente la cuestión de la necesidad de llevar a la práctica las decisiones económicas del XII Congreso, en particular las relacionadas con el Gosplan.

Pero esta vez también la decisión del Comité Central fue acogida por diferentes sectores con reflexiones escépticas sobre el Gosplan y la realización del plan por parte de la dirección. Ese escepticismo no recubre ningún pensamiento creador, ninguna teoría, nada serio. Y si ese escepticismo barato es tolerado en el partido es precisamente porque el pensamiento colectivo del partido aún no abordó claramente los problemas de la dirección centralizada y racionalizada de la economía. Sin embargo, de la realización fructífera de esas decisiones depende totalmente la suerte de la revolución.

En su último capítulo este opúsculo aborda el problema de las relaciones entre el plan y la dirección, a propósito de un ejemplo particular que no hemos elegido arbitrariamente, sino que nos fue impuesto por la discusión interna del partido. Es de esperar que en la próxima etapa el pensamiento del partido aborde todos estos problemas de manera mucho más concretamente de como lo hizo hasta ahora. A quien sigue como espectador (y tal es ahora mi situación) la actual discusión económica, le parece que el partido ha retrocedido un año para interpretar de una manera más crítica las decisiones del XII Congreso. De ello resulta que los problemas que de alguna manera eran el monopolio de un círculo estrecho concentran ahora poco a poco la atención de todo el partido. Por mi parte, sólo puedo aconsejar a los camaradas que afrontan los problemas económicos que estudien atentamente los debates del XII Congreso sobre la industria y los relacionen convenientemente con la discusión actual. Espero poder volver sobre estos problemas muy pronto.

Es preciso reconocer que durante la discusión oral y escrita del partido aparecieron una gran cantidad de “hechos” y de informaciones que no tienen nada en común con la realidad y representan, para emplear un eufemismo, el fruto de inspiraciones pasajeras. De ello damos prueba en este libro. Recurrir a medios tan “contundentes” significa en el fondo una falta de respeto hacia el partido. Y, según mi parecer, este último debe responder a esos procedimientos con una verificación minuciosa de las citas, cifras y hechos presentados. Esto constituye para el partido un excelente medio de educar a las masas y de educarse a sí mismo.

Nuestro partido es lo suficientemente maduro como para no ser obligado a refugiarse en la apatía o, por el contrario, en el furor de la discusión. Un régimen más estable de democracia asegurará a nuestra discusión el carácter que debe tener y enseñará a presentar al partido solamente datos cuidadosamente verificados. En tal sentido, la opinión pública del partido debe formarse en el arte de la crítica despiadada. Las células de fábrica, en su experiencia diaria, deben verificar los datos de la discusión y sus conclusiones. También sería muy útil que la juventud estudiantil tomara como base de sus trabajos históricos, económicos y estadísticos, la verificación minuciosa de los datos empleados en la discusión actual del partido y sobre los cuales éste basará sus decisiones en el futuro.

Vuelvo a repetir que la adquisición más importante que el partido ha hecho, y que debe conservar, consiste en el hecho que las cuestiones económicas capitales, que antes eran resueltas en el seno de organismos restringidos, se han convertido en el centro de atención de la masa del partido. Entramos en un nuevo período. Las nubes de polvo levantadas por la discusión se disiparán, los datos falsos serán rechazados por el partido y éste mantendrá los ojos fijos en las cuestiones fundamentales de la organización económica. Con ello, la revolución saldrá ganando.

León Trotsky

Post-Scriptum: Este opúsculo contiene, además de los capítulos publicados en *Pravda*, algunos capítulos nuevos: “El burocratismo y la revolución”, “Tradición y política revolucionaria”, “La “subestimación” del campesinado”, “La planificación en la economía”. En cuanto a los artículos ya publicados, los reproduzco aquí sin cambiar una línea, lo que permitirá al lector juzgar en qué medida su sentido ha sido y algunas veces es monstruosamente desnaturalizado a lo largo de la discusión.

(1)
**EL PROBLEMA DE LAS
GENERACIONES EN EL PARTIDO**

En una de las resoluciones adoptadas durante la discusión de Moscú, sus firmantes se lamentaban de que el problema de la democracia en el partido se hubiera complicado con las discusiones sobre las relaciones generacionales, con ataques personales, etc. Este reproche evidencia una cierta confusión en las ideas. Los ataques personales y las relaciones generacionales son dos cosas muy diferentes. Si se planteara ahora el problema de la democracia sin analizar la composición del partido, tanto desde el punto de vista social como del de la edad y de la experiencia política, no se podría llegar a ninguna conclusión.

No es casual que el problema de la democracia se haya planteado primeramente como un problema de las relaciones entre las diversas generaciones. Ese es el resultado lógico de toda la evolución de nuestro partido, cuya historia puede dividirse esquemáticamente en cuatro períodos: a) la preparación, que duró un cuarto de siglo y que finalizó en Octubre; b) Octubre; c) el período posterior a Octubre; d) el “nuevo curso”, es decir, el período en el que entramos ahora.

A pesar de su riqueza, su complejidad y la diversidad de las etapas realizadas, hoy comprendemos que el período anterior a Octubre sólo tuvo un carácter preparatorio. Octubre permitió verificar la ideología y la organización del partido y de sus militantes. Por Octubre entendemos el período más agudo de la lucha por el poder que puede fijarse, aproximadamente, en las “Tesis de abril” de Lenin y que termina con la toma del aparato del Estado.

Aunque sólo duró algunos meses, es tan importante, por su contenido, como todo el período de preparación que se mide en años y en decenas de años. Octubre, no sólo nos ofreció una verificación infalible, única en su género, del pasado del partido, sino que se convirtió en una fuente de experiencia para el futuro. Gracias a Octubre, el partido pudo, por primera vez, valorarse en su justa medida.

La conquista del poder fue seguida de un crecimiento rápido, casi anormal, del partido, que atrajo a sus filas no sólo a trabajadores poco conscientes sino, también, a ciertos elementos totalmente extraños a su espíritu: funcionarios, arribistas y politiqueros. En este período caótico, el partido únicamente conservó su naturaleza bolchevique gracias a la dictadura interna de la vieja guardia que había demostrado sus aptitudes en

Octubre. En todos los problemas, de mayor o menor importancia, los nuevos miembros aceptaron entonces, casi sin discusión, la dirección de la vieja generación. Los arribistas consideraban esta docilidad como el mejor medio para consolidar su situación dentro del partido. Pero sus cálculos fallaron. Mediante una depuración rigurosa de sus propias filas, el partido se desembarazó de ellos. Los efectivos del partido disminuyeron pero su conciencia aumentó. Esta auto-verificación, esta depuración, hicieron que el partido, después de Octubre, se sintiera por primera vez un colectivo cuya tarea no era simplemente la de dejarse conducir por la vieja guardia sino la de examinar y decidir por sí mismo los problemas esenciales de la política. En este sentido, el período crítico de la depuración constituye, en cierto modo, la preparación para ese cambio profundo que ahora se manifiesta en la vida del partido y que seguramente entrará en su historia bajo el nombre de “nuevo curso”.

Es preciso tener bien en claro una cosa: la esencia de las diferencias y de las dificultades actuales no reside en el hecho que los “secretarios” hayan exagerado la nota en ciertos aspectos y debe llamárseles al orden, sino en que *el conjunto del partido se dispone a pasar a una fase histórica más elevada*. Es como si la masa de los comunistas dijese a los dirigentes: “Compañeros, vosotros tenéis la experiencia anterior a Octubre de la que la mayoría de nosotros carecemos; pero bajo vuestra dirección hemos adquirido después de Octubre una gran experiencia, que cada día se vuelve más digna de consideración. Y queremos no sólo ser dirigidos por vosotros sino participar en la dirección del proletariado. Lo queremos no solamente porque es nuestro derecho en cuanto miembro del partido sino también porque es absolutamente necesario para que la clase obrera avance. Sin nuestra experiencia, debida al hecho de estar en la base del partido, experiencia que no debe simplemente ser tenida en cuenta en las esferas dirigentes sino que debe ser introducida por nosotros mismos en la vida del partido, el aparato dirigente se burocratiza y nosotros, comunistas de base, no nos sentimos suficientemente armados ideológicamente ante los sin partido.”

El viraje actual es, como ya lo he dicho, el resultado de toda la evolución anterior. Desde hace mucho tiempo era preparado a través de procesos moleculares, invisibles a primera vista, en la vida y la conciencia del partido. La crisis económica imprimió un fuerte impulso al pensamiento crítico.

La noticia de los acontecimientos de Alemania ha conmovido al partido. En ese momento se ha visto con particular claridad que el partido vive, de alguna manera, en dos niveles: el nivel superior, donde se decide, y el nivel inferior, que se limita a tomar conocimiento de las decisiones. Sin embargo, la revisión crítica del régimen interno del partido se ha visto aplazada por la espera ansiosa del desenlace, que parecía próximo, de los acontecimientos de Alemania. Cuando se comprendió que ese desenlace resultaba retrasado por la fuerza de las cosas, el partido puso al orden del día el problema del “nuevo curso”.

Como sucede frecuentemente en la historia, es precisamente durante estos últimos meses cuando el aparato evidenció sus rasgos más negativos e intolerables: aislamiento de la masa, suficiencia burocrática, total desprecio por el estado de ánimo, las opiniones y las necesidades del partido. Impregnado de burocratismo, rechazó desde un comienzo, con una violencia hostil, los intentos de discutir el problema de la revisión del régimen interno del partido.

Esto no quiere decir, por cierto, que el aparato se componga únicamente de elementos burocratizados ni, menos aun, de burócratas declarados e incorregibles. El periodo crítico actual ayudará a la mayoría de sus miembros a comprender el sentido de esta discusión y les hará renunciar a muchos de sus errores. El reagrupamiento ideológico y orgánico que surgirá del viraje actual tendrá, a fin de cuentas, consecuencias beneficiosas tanto para la masa de comunistas como para el aparato. Pero en este último, tal como aparece en el umbral de la crisis actual, el burocratismo ha alcanzado un desarrollo excesivo, verdaderamente alarmante. Y este hecho es lo que da al reagrupamiento ideológico actual un carácter de urgencia, surgido de legítimos temores.

Así, hace dos o tres meses, el solo hecho de señalar el burocratismo del aparato, la autoridad excesiva de los comités y de los secretariados, era recibido entre los representantes responsables del “viejo curso” en las organizaciones centrales y locales con encogimientos de hombros o protestas indignadas. ¿Los nombramientos convertidos en sistema? Pura imaginación. ¿Formalismo, burocratismo? Invenciones, oposición por el único placer de oponerse, etc., etc. Esos camaradas, con toda sinceridad, no observaban el peligro burocrático que ellos mismos representan. Sólo bajo la presión de la base han comenzado, poco a poco, a reconocer que realmente había manifestaciones de burocratismo pero únicamente en ciertas regiones y distritos, y que por otra parte no era sino una desviación momentánea, etc. Según ellos, el burocratismo era un mero resabio del periodo de

guerra, es decir un fenómeno en vías de desaparición. Inútil explicar cuán falsa es esta concepción y explicación del estado de la cuestión.

El burocratismo no es una característica momentánea de algunas organizaciones provinciales sino un fenómeno general. No va del distrito a la organización central por intermedio de la organización regional sino más bien de la organización central al distrito por intermedio de la organización regional. No es de ningún modo un “resabio” del período de guerra sino que surge a raíz de haberse transferido al partido los métodos y los procedimientos administrativos acumulados durante estos últimos años. Por más exageradas que fuesen algunas veces las formas que revistió, el burocratismo del período de guerra era insignificante en comparación con el actual burocratismo, que se ha desarrollado en tiempos de paz mientras que el aparato, a pesar de la madurez ideológica del partido, continuaba obstinadamente pensando y decidiendo por sí mismo.

Es por ello que, desde el punto de vista de los principios, la resolución del comité central sobre la organización del partido tiene una gran importancia, de la que el partido debe darse cuenta claramente. Sería indigno, en efecto, considerar que el sentido profundo de las decisiones tomadas se reduce a modificaciones técnicas en la organización y que se pretenda limitar a reclamar de los secretarios y comités más “suavidad” y “solicitud” hacia la masa. *La resolución del comité central habla de “nuevo curso”*. El partido se prepara para entrar en una nueva fase de desarrollo. No se trata, por cierto, de romper los principios de organización del bolchevismo, como algunos intentan hacer creer, sino de aplicarlos a las condiciones de la nueva etapa del partido. Ante todo, se trata de instaurar relaciones más sanas entre los viejos cuadros y la mayoría de los miembros que han entrado al partido después de Octubre.

La preparación teórica, el temple revolucionario, la experiencia política representan nuestro capital fundamental, cuyos principales exponentes son los viejos cuadros del partido. Por otra parte, el partido es esencialmente una organización democrática, es decir, un colectivo cuya orientación depende del pensamiento y de la voluntad de todos. Es claro que, en la situación complicada del período inmediatamente posterior a Octubre, el partido podía abrirse paso tanto mejor cuanto más utilizaba en su totalidad la experiencia acumulada por la vieja generación, a cuyos representantes confiaba los puestos más importantes en la organización. El resultado de ese estado de cosas fue que, desempeñando el papel de director del partido y absorbida por los problemas de administración, la vieja generación se habituó a pensar y a decidir por

el partido e instaurar preferentemente para las masas comunistas métodos puramente escolares, pedagógicos, de participación en la vida política: cursos de instrucción política elemental, verificación de las nociones, escuelas del partido, etc. De aquí proviene el burocratismo del aparato, su aislamiento con relación a las masas, su existencia como un organismo separado, en una palabra todas las características que constituyen el aspecto profundamente negativo del “viejo curso”. El hecho de que el partido viva en dos niveles distintos implica numerosos peligros, a los que ya me he referido en mi carta sobre los viejos y los jóvenes. (Por “jóvenes” entiendo evidentemente no sólo a los estudiantes sino a toda la generación incorporada al partido después de Octubre y, en primer lugar, a los jóvenes de las células de fábrica.) ¿Cómo se ha manifestado el malestar cada vez más profundo dentro del partido? En el hecho que la mayoría de los miembros se decían a sí mismos: “Por más que el aparato piense y decida bien o mal, siempre piensa y decide sin nosotros y en nuestro lugar. Cuando creemos necesario manifestar una incompreensión, una duda, o expresar una objeción o una crítica, se nos llama al orden, se apela a la disciplina. La mayoría de las veces se nos acusa de actuar como opositores o de querer constituir fracciones. Estamos dedicados por entero al partido y dispuestos a sacrificar todo por él. Pero queremos participar activa y conscientemente en la elaboración de sus decisiones y en la elección de sus formas de acción.” Las primeras manifestaciones de este estado de ánimo pasaron indudablemente inadvertidas, el aparato dirigente no las tuvo en cuenta y ésa fue una de las principales causas de la formación de grupos, cuya importancia es inútil exagerar pero cuyo alcance no se puede desconocer y que debe constituir para nosotros una advertencia.

El peligro fundamental del “viejo curso”, resultante de causas históricas generales así como de nuestros errores particulares, consiste en que el aparato manifiesta una tendencia progresiva a oponer a algunos millares de camaradas que forman los cuadros dirigentes con el resto de la masa que se convierte para ellos sólo en un medio de acción. Si ese estado de cosas persistiese, se correría el riesgo de provocar a la larga una degeneración del partido en sus dos polos, es decir entre los jóvenes y los cuadros. En lo que concierne a la base proletaria del partido, las células de fábrica, los estudiantes, etc., el peligro es evidente. Al no sentir que participan activamente en el trabajo general del partido y no ver satisfechas sus aspiraciones, numerosos comunistas buscarían un sucedáneo de actividad bajo la forma de grupos y de fracciones de toda clase. Precisamente en ese sentido hablamos de la importancia sintomática de grupos tales como el “grupo obrero”.

Pero no menos grande es, en el otro extremo, el peligro de ese régimen que ha durado demasiado y que se ha convertido para el partido en sinónimo de burocratismo. Sería ridículo no comprender, o negarse a ver, que la acusación de burocratismo formulada en la resolución del comité central está dirigida contra los cuadros del partido. No se trata, con relación a la línea ideal, de desviaciones aisladas en el plano práctico sino de política general del aparato, de su tendencia profunda. ¿El burocratismo implica un peligro de degeneración? Sólo un ciego podría negarlo. En su desarrollo gradual, el burocratismo amenaza con separar a los dirigentes de la masa, con llevarlos a concentrar únicamente su atención en los problemas administrativos, en las designaciones; amenaza también con restringir su horizonte, debilitar su sentido revolucionario, es decir, provocar una degeneración más o menos oportunista de la vieja guardia o al menos de un sector considerable de ésta. Esos procesos se desarrollan lenta y casi insensiblemente, pero se revelan de manera brusca. Para considerar a esta advertencia, basada en la previsión marxista objetiva, como un “ultraje”, un “atentado”, etc., es preciso en realidad la susceptibilidad recelosa y la altanería de los burócratas.

¿Pero *realmente* el peligro de esa degeneración es grande? El hecho de que el partido haya comprendido este peligro y haya tratado de remediarlo (lo que provocó en particular la resolución del comité central) evidencia su profunda vitalidad y, al mismo tiempo, revela el antídoto poderoso de que dispone contra el veneno burocrático. Esta es la principal garantía de su integridad en tanto que partido revolucionario. Pero si el “viejo curso” tratase de mantenerse a cualquier precio, por medio de la restricción en la admisión de militantes, una selección más severa o la intimidación, en una palabra, por medio de procedimientos que ponen de manifiesto una desconfianza con respecto al partido, el peligro efectivo de degeneración de un sector considerable de los cuadros aumentaría inevitablemente.

El partido no puede vivir únicamente de las reservas del pasado. Es suficiente que el pasado haya preparado al presente, pero es preciso que el presente esté ideológica y prácticamente a la altura del pasado para preparar el futuro. La tarea del presente es la de desplazar el centro de la actividad en dirección a las bases.

Pero quizás se diga que este desplazamiento del centro de gravedad no se efectúa de golpe; el partido no puede “arrumbar” a la vieja generación y comenzar inmediatamente una nueva vida. No vale la pena detenerse en este argumento, tontamente

demagógico. Pretender desechar a la vieja generación sería una locura. Lo que es preciso es que esta vieja generación cambie de orientación y así pueda ejercer en el futuro una influencia preponderante sobre toda la actividad autónoma del partido. Es preciso que considere al “nuevo curso” no como una maniobra, un procedimiento

diplomático o una concesión momentánea sino como una nueva etapa en el desarrollo político del partido, para mayor beneficio de la generación dirigente y del conjunto del partido.

Pravda, 29 de diciembre de 1923.

(2)

LA COMPOSICION SOCIAL DEL PARTIDO

La crisis interna del partido no se limita, por supuesto, a las relaciones entre generaciones. Históricamente, en un sentido más amplio, su solución está determinada por la composición social del partido y, sobre todo, por la proporción de células de fábrica y de proletarios industriales.

Después de la toma del poder, la primera preocupación de la clase obrera fue crear un aparato estatal (ejército, órganos de dirección de la economía etc.). Pero la participación de los obreros en los aparatos estatal, cooperativo y otros implicaba un debilitamiento de las células de fábrica y un aumento excesivo, dentro del partido, del número de funcionarios, fuesen o no de origen proletario. Aquí reside el problema. Y sólo se podrá resolver por medio de progresos económicos considerables, de un fuerte impulso dado a la vida industrial y de una constante afluencia de obreros manuales a las filas del partido.

¿Con qué rapidez se efectuará ese proceso fundamental, a través de qué flujos y reflujos pasará? Por el momento, es difícil preverlo. En el estado actual de nuestro desarrollo económico es preciso hacer, evidentemente, todo lo posible para atraer hacia el partido a la mayor cantidad posible de obreros que trabajan en fábricas. Pero no se logrará modificar seriamente la composición del partido (de modo, por ejemplo, que las células de fábrica constituyan sus dos terceras partes) sino muy lentamente, y sólo apoyándose en notables progresos económicos. En todo caso, debemos prever un período aún muy largo durante el cual los miembros más experimentados y activos del partido (incluidos naturalmente los comunistas de origen proletario) serán absorbidos por diferentes funciones del aparato estatal, sindical, cooperativo y del partido. Y por eso mismo, este hecho implica un peligro, ya que es una de las fuentes del burocratismo.

La educación de la juventud ocupa y ocupará necesariamente en el partido un lugar excepcional. Pero al formar en nuestras universidades obreras, nuestras facultades, nuestros establecimientos de enseñanza superior, al nuevo contingente de intelectuales, que cuenta con una gran proporción

de comunistas, separamos a los jóvenes elementos proletarios de la fábrica no solamente durante el período de sus estudios sino generalmente para toda su vida. En efecto, la juventud obrera que ha pasado por las escuelas superiores estará, en realidad, totalmente afectada al aparato industrial, estatal o al del partido. Ese es el segundo factor de destrucción del equilibrio interno del partido en detrimento de sus núcleos fundamentales: las células de fábrica.

El problema del origen, proletario, intelectual o de otro tipo, de los comunistas tiene evidentemente importancia. En el período inmediatamente posterior a la revolución, la profesión ejercida antes de Octubre parecía hasta decisiva. En efecto, la asignación de los obreros a una determinada función soviética era considerada una medida provisional. Actualmente, en ese sentido, se ha verificado un cambio profundo. Es indudable que los presidentes de comités regionales o los comisarios de divisiones, cualquiera sea su origen, representan un tipo social determinado, independientemente del origen de cada uno de ellos. Durante estos seis años se han formado en el régimen soviético grupos sociales bastante estables.

Así, en la actualidad, y por un período relativamente bastante largo, un sector considerable del partido, representado por los comunistas más competentes, es absorbido por los diferentes aparatos de dirección y de administración civil, militar, económico, etcétera. Otro sector, igualmente importante, está dedicado a estudiar. Un tercer sector está disperso por el campo y se dedica a la agricultura. Sólo la cuarta categoría (que en la actualidad representa menos de la sexta parte de los afiliados) está compuesta por proletarios que trabajan en las fábricas. Es evidente que el desarrollo del aparato del partido y la burocratización inherente a ese desarrollo son originados no por las células de fábrica vinculadas entre sí por medio del aparato, sino por todas las otras funciones que el partido ejerce a través de los aparatos estatales de administración, de gestión económica, de mando militar, de enseñanza. En otras palabras, la fuente del burocratismo radica en la creciente concentración de la atención y de las

fuerzas del partido en las instituciones y aparatos gubernamentales y en la lentitud del desarrollo de la industria.

Este estado de cosas debe hacernos comprender los peligros de degeneración burocrática de los cuadros del partido. Seríamos fetichistas si consideráramos a estos cuadros (por el solo hecho de haber seguido la mejor escuela revolucionaria del mundo) al margen de todo peligro de empobrecimiento ideológico y de degeneración oportunista. La historia es hecha por los hombres, pero los hombres no siempre hacen conscientemente la historia, incluso la suya propia. En definitiva, el problema será resuelto por dos grandes factores de importancia internacional: la marcha de la revolución en Europa y la rapidez de nuestro desarrollo económico. Pero sería un error el atribuir de modo fatalista toda la responsabilidad a estos dos factores objetivos, así como buscar garantías únicamente en un radicalismo subjetivo heredado del pasado. En la misma situación revolucionaria, y en las mismas condiciones internacionales, el partido resistirá en mayor o menor medida a las tendencias desorganizadoras según sea más o menos consciente de los peligros y los combata con mayor o menor vigor.

Es evidente que la heterogeneidad de la composición social del partido, lejos de debilitar los aspectos negativos del “viejo curso”, los agrava al extremo. El único medio de triunfar sobre el corporativismo, sobre el espíritu de casta de los funcionarios, es realizar la democracia. Conservando la “calma”, el burocratismo divide al partido y afecta igualmente, aunque de manera diferente, a las células de fábrica, a los trabajadores en el campo de la economía, a los militares y a la juventud estudiantil.

Esta última, como habíamos visto, reacciona de manera particularmente vigorosa contra el burocratismo. Lenin había propuesto, justamente, para combatir el burocratismo, recurrir decididamente a los estudiantes. Debido a su composición social y a sus vinculaciones, los jóvenes estudiantes son un reflejo de todos los grupos sociales de nuestro partido así como de su estado de ánimo. Su sensibilidad y su ímpetu los llevan a imprimir inmediatamente una fuerza activa a ese estado de ánimo. Como *estudian*, se esfuerzan por explicar y generalizar. Esto no quiere decir que todos sus actos y estados de ánimo reflejen tendencias sanas. Si así ocurriese, significaría, y no es nuestro caso, o que todo marcha bien en el partido o que la juventud ya no es el reflejo del partido.

En principio, es justo afirmar que nuestra base no son los establecimientos de enseñanza sino las

células de fábrica. Pero al decir que la juventud es nuestro barómetro, asignamos a sus manifestaciones políticas un valor no esencial sino sintomático. El barómetro no crea el tiempo, se limita a registrarlo. En política, el tiempo se forma en las profundidades de las clases y en los campos donde estas últimas entran en contacto entre sí. Las células de fábrica crean una vinculación directa entre el partido y la clase, esencial para nosotros, del proletariado industrial. Las células rurales sólo crean una vinculación mucho más débil entre el partido y el campesinado. Estamos ligados al campesinado principalmente a través de las células militares ubicadas en condiciones especiales. En cuanto a los jóvenes estudiantes, provenientes de todos los sectores y capas de la sociedad soviética, reflejan en su composición heterogénea todos nuestros defectos y nuestras cualidades, y sería una necesidad no conceder la mayor atención a su estado de ánimo. Además, un sector considerable de nuestros nuevos estudiantes son comunistas que han tenido una experiencia revolucionaria bastante importante. Y los partidarios más obstinados del “aparato” se equivocan enormemente al despreciar a esta juventud que es nuestro medio de auto-control, que deberá tomar nuestro lugar y a la que pertenece el futuro.

Pero volvamos al problema de la heterogeneidad de los grupos del partido separados entre sí por sus funciones en el estado. Repitamos que el burocratismo del partido no es un resabio del período anterior en vías de desaparecer sino, por el contrario, un fenómeno esencialmente nuevo, originado por nuevas tareas, nuevas funciones, nuevas dificultades y nuevos errores del partido.

El proletariado realiza su dictadura por medio del estado soviético. El partido comunista es el partido dirigente del proletariado y, en consecuencia, de su estado. El problema consiste en ejercer activamente ese poder sin fundir al partido con el aparato burocrático del estado con el objeto de no exponerse al riesgo de una degeneración burocrática.

Los comunistas se hallan agrupados de manera diferente según estén en el partido y en el aparato del estado. En este último, están dispuestos jerárquicamente en relación con los otros comunistas y los sin partido. En el partido, son todos iguales, en lo que concierne a la determinación de las tareas y de los métodos de trabajo fundamentales. Los comunistas trabajan en las fábricas, forman parte de los comités de fábrica, administran las empresas, los trusts, los sindicatos, dirigen el Consejo de Economía Nacional, etcétera. En la dirección de la economía, el partido tiene y debe tener en cuenta la experiencia, las observaciones y la opinión de todos sus miembros

ubicados en los diferentes niveles de la escala de la administración económica. La ventaja esencial e incomparable de nuestro partido consiste en que puede, en todo momento, observar la industria con los ojos del tornero comunista, del especialista comunista, del director comunista, del comerciante comunista, reunir la experiencia de esos trabajadores que se completan entre sí, extraer los resultados y determinar así su línea de dirección de la economía en general y de cada empresa en particular.

Es evidente que esta dirección sólo es realizable sobre la base de la democracia viva y activa dentro del partido. Cuando, por el contrario, los métodos del "aparato" prevalecen, la dirección ejercida por el partido cede el lugar a la administración ejercida por sus órganos ejecutivos (comité, oficina, secretaría, etc.). Al reforzarse ese sistema, todos los asuntos se concentran en manos de un pequeño grupo, muchas veces en un sólo secretario que nombra, destituye, imparte las directivas, sanciona, etcétera.

Si se tiene esa concepción de la dirección, la principal superioridad del partido, es decir, su múltiple experiencia colectiva, pasa a segundo plano. La dirección adquiere un carácter de pura organización y degenera frecuentemente en la estrechez de miras y en el espíritu de mando. El aparato del partido entra cada vez más en el detalle de las tareas del aparato soviético, vive de sus preocupaciones diarias, se deja influenciar por él y, al preocuparse por los detalles, pierde de vista las grandes líneas.

Si la organización del partido en cuanto colectividad es siempre más rica en experiencias que cualquier órgano del aparato estatal, no ocurre lo mismo con los funcionarios considerados individualmente. En efecto, sería ingenuo creer que un secretario, gracias a su cargo, reúne en él todos los conocimientos y toda la competencia necesarios para la dirección de su organización. En realidad, se crea un aparato auxiliar con secciones burocráticas, un servicio de informaciones burocrático y ese aparato, que lo acerca al aparato soviético, lo mantiene apartado de la vida del partido. Y creyendo mover a los otros, él mismo es movido por su propio aparato.

Toda la práctica cotidiana del estado soviético se infiltra así en el aparato del partido e introduce en él el burocratismo. El partido, en cuanto colectividad, pierde el sentido de su poder pues no lo ejerce. De aquí surgen descontentos o incomprensiones, aun en el caso en que ese poder sea ejercido de manera efectiva. Pero ese poder sólo puede mantenerse en la línea justa si no se diluye en detalles mezquinos y logra mantener un carácter sistemático, racional y colectivo. De ese modo, el burocratismo no solamente destruye la cohesión interna del partido sino que debilita la acción necesaria de este último sobre el aparato estatal. Esto es lo que no observan ni comprenden la mayoría de las veces los que reclaman con más ardor para el partido el rol dirigente en el estado soviético.

(3)

AGRUPAMIENTOS Y FRACCIONES

El problema de los grupos y de las fracciones en el partido se ha convertido en el eje central de la discusión. Dada su importancia intrínseca y su extrema virulencia, requiere ser tratado con total claridad, aunque hasta ahora ha sido planteado frecuentemente de manera errónea.

Somos el único partido del país y, en el período actual de dictadura, no podría ser de otro modo. Las diferentes necesidades de la clase obrera, del campesinado, del aparato estatal y de sus componentes actúan sobre nuestro partido, a través del cual tratan de buscar una expresión política. Las dificultades y las contradicciones propias de nuestra época, el desacuerdo coyuntural de intereses entre los diversos sectores del proletariado, o entre el proletariado y el campesinado, influyen sobre el partido a través de sus células obreras y campesinas, del aparato estatal, de los jóvenes estudiantes. Los matices de opinión, la diversidad

de puntos de vista, aunque sean episódicos, pueden expresar la presión de intereses sociales determinados y, en determinadas circunstancias, originar grupos estables. Estos grupos pueden, a su vez, tarde o temprano, adoptar la forma de fracciones organizadas que, al oponerse como tales al resto del partido, sean más sensibles a las presiones exteriores. Esa es la evolución lógica de los grupos en un período en que el partido comunista está obligado a monopolizar la dirección de la vida política.

¿Cuál es el resultado? Si no se quiere fracciones, no debe haber grupos permanentes; si no se quiere grupos permanentes, es preciso evitar los grupos esporádicos; finalmente, para que no haya grupos esporádicos, no tiene que haber divergencias, pues donde hay dos opiniones, fatalmente la gente tiende a agruparse. Pero, por otra parte, ¿cómo es posible evitar las divergencias en un partido de medio

millón de hombres que dirige el país bajo condiciones excepcionalmente complicadas y penosas? Esa es la contradicción esencial, debida a la misma situación del partido, de la dictadura del proletariado y que no se puede eliminar únicamente por procedimientos puramente formales.

Los partidarios del “viejo curso” que votan la resolución del comité central con la convicción de que todo seguirá igual que antes razonan más o menos así: “observen cómo apenas comenzamos a levantar la tapa de nuestro aparato, súbitamente comienzan a manifestarse en el partido tendencias de todo tipo que tratan de agruparse; por lo tanto, es preciso poner rápidamente la tapa y cerrar herméticamente la olla”. Gran cantidad de discursos y artículos contra el “fraccionalismo” están inspirados en este criterio tan estrecho. En su fuero interno, los partidarios del aparato estiman que la resolución del comité central es, o un error político (y entonces debe impedirse por todos los medios su aplicación) o, si no, una maniobra (y en ese caso se la debe utilizar). A mi entender, se engañan totalmente. Y si es una táctica capaz de introducir la desorganización en el partido, es obra de aquellos que persisten en las viejas concepciones, fingiendo la aceptación respetuosa de las nuevas.

La elaboración de la opinión pública del partido nace inevitablemente de las contradicciones y divergencias de criterios. Localizar dicha elaboración en el aparato, que sólo después debe suministrar al partido el fruto de su trabajo en forma de directivas, órdenes, etc., significa esterilizar ideológica y políticamente al partido. Hacer participar a todo el partido en la elaboración y adopción de las resoluciones es favorecer a los agrupamientos ideológicos coyunturales que corren el riesgo de transformarse en grupos permanentes y hasta en fracciones. ¿Cómo hacer? ¿Es posible que no haya salida? ¿Es posible que no haya para el partido un camino intermedio entre el régimen de “calma” y el de la división en fracciones? La solución existe, y la tarea de la dirección consiste, cada vez que es necesario y particularmente en el momento de las opciones, en elaborar la línea que corresponda a la situación real del momento.

La resolución del comité central dice claramente que el régimen burocrático es una de las causas de las fracciones. Esta es una verdad que ya no necesita ser demostrada. El “viejo curso” estaba muy lejos de la democracia y sin embargo no pudo preservar al partido de la aparición de fracciones ilegales de mejor manera que la difícil discusión actual, la cual, no se puede negarlo, puede conducir a la formación de grupos coyunturales o permanentes. *Para evitarlo, es preciso que los órganos dirigentes del partido escuchen la opinión*

de las masas, no consideren a toda crítica como una manifestación del espíritu fraccional y no impulsen así a los comunistas conscientes y disciplinados a guardar sistemáticamente silencio o a constituirse en fracciones.

Pero, dirán los burócratas, esto es ni más ni menos que una justificación de episodios como el de Miásnikov y sus partidarios. En primer lugar, la frase que acabamos de enfatizar es una cita textual de la resolución del comité central. Además, ¿desde cuándo una explicación equivale a una justificación? Decir que una úlcera es el resultado de una circulación sanguínea defectuosa debida a la afluencia insuficiente de oxígeno no significa que se justifique la úlcera y se la considere como una parte normal del organismo humano. Hay una sola conclusión que extraer: es necesario escarificar y desinfectar la herida y, sobre todo, abrir la ventana para permitir que el aire fresco proporcione el oxígeno necesario a la sangre. Pero lo malo es que el ala más combativa del “viejo curso” está convencida que la resolución del comité central es errónea, particularmente en su párrafo sobre el burocratismo considerado como motivo del fraccionalismo. Y si no lo dice abiertamente, es sólo debido a razones propias de una mentalidad saturada de formalismo, atributo esencial del burocratismo.

Es indiscutible que, en la situación actual, las fracciones son un flagelo, y que los grupos, aun los coyunturales, pueden transformarse en fracciones. Pero la experiencia demuestra que no basta con declarar que los grupos y las fracciones son perjudiciales para impedir su aparición. Sólo se los prevendrá con una política justa, adaptada a la situación real.

Basta estudiar la historia de nuestro partido, aunque sólo sea la del período de la revolución, es decir la del período en que la constitución de fracciones resultaba particularmente peligrosa, para observar que la lucha contra ese flagelo no puede limitarse a su condenación y prohibición formal.

Fue en el otoño de 1917 cuando surgió en el partido, a raíz del problema fundamental de la toma del poder, el desacuerdo más peligroso. El ritmo febril de los acontecimientos imprimió una extrema intensidad a ese desacuerdo, que culminó casi inmediatamente con la constitución de una fracción. Quizás involuntariamente, los adversarios del golpe de estado formaron un bloque con elementos que no pertenecían al partido, publicaron sus declaraciones en órganos externos, etc. En ese momento, la unidad del partido pendía de un hilo. ¿Cómo pudo ser evitada la escisión? Sólo gracias a la rápida evolución de la situación y a su desenlace favorable. La escisión se hubiera producido

inevitablemente si los acontecimientos se hubiesen prolongado y, con mayor razón, si la insurrección hubiese terminado en una derrota. Bajo la firme dirección de la mayoría del comité central, el partido, en una impetuosa ofensiva, pasó por encima de la oposición, muy poco numerosa pero cualitativamente muy fuerte, y adoptó la plataforma de Octubre. La fracción y el peligro de una escisión fueron vencidos no por medio de decisiones formales basadas en los estatutos sino con la acción revolucionaria.

El segundo gran desacuerdo surgió con ocasión de la paz de Brest-Litovsk. Los partidarios de la guerra revolucionaria constituyeron entonces una verdadera fracción que poseía un organismo central. ¿Qué hay de cierto en la anécdota según la cual Bujarin estuvo a punto, en un momento dado, de derrocar al gobierno de Lenin? No podría decirlo¹. Lo cierto es que la existencia de una fracción comunista de izquierda representaba entonces un peligro gravísimo para la unidad del partido. Provocar una escisión no habría sido difícil y no habría exigido por parte de la dirección un gran esfuerzo de inteligencia, pues bastaba con prohibir la existencia de la fracción comunista de izquierda. Sin embargo, el partido adoptó métodos no tan simples: prefirió discutir, explicar, comprobar por medio de la experiencia y resignarse coyunturalmente a esta amenazante anomalía que representaba la existencia de una fracción organizada en su seno.

El problema de la organización militar provocó igualmente la constitución de un grupo bastante fuerte y obstinado, que se oponía a la creación de un ejército regular con un aparato militar centralizado, especialistas, etc. Por momentos, la lucha adquirió gran intensidad. Pero, al igual que en Octubre, el problema fue resuelto por la experiencia: por la guerra misma. Ciertos errores y exageraciones de la política militar oficial fueron

¹ Posteriormente, Pravda del 21 de diciembre de 1923 publicó una carta firmada por nueve de los ex comunistas de izquierda que aclara el problema. En una sesión del Comité Ejecutivo de los Soviets, el socialista revolucionario de izquierda Kamkov dice “con un tono de broma” a Bujarin y a Piatakov: “Y bien, ¿qué van a hacer ustedes si obtienen la mayoría en el partido? Lenin renunciará y deberemos constituir juntos un nuevo Consejo de Comisarios del Pueblo. En ese caso, pienso que elegiremos a Piatakov como presidente...” Más tarde, el socialista revolucionario de izquierda Prochian dijo a Radek riendo: “Usted no hace más que escribir resoluciones. ¿No sería más simple detener a Lenin durante un día y declarar la guerra a los alemanes y luego reelegirlo por unanimidad presidente del Consejo?” Estas son las *boutades* que fueron presentadas como un “proyecto” de detener a Lenin.

corregidos por la presión de la oposición, y no sólo sin perjuicio sino con provecho para la organización centralizada del ejército regular. En cuanto a la oposición, poco a poco se fue disgregando. Un gran número de sus representantes más activos participaron en la organización del ejército, donde en muchos casos ocuparon puestos importantes.

Otros grupos claramente individualizados se constituyeron en la época de la memorable discusión sobre los sindicatos. Ahora que tenemos la posibilidad de abarcar con una sola mirada todo este período y de entenderlo mejor a la luz de la experiencia posterior, comprobamos que la discusión no estaba referida solamente a los sindicatos ni a la democracia obrera. Lo que se expresaba en esas disputas era un profundo malestar que imperaba dentro del partido, cuya causa era la excesiva prolongación del régimen económico del “comunismo de guerra”, Toda la organización económica del país estaba estancada. La discusión sobre el papel de los sindicatos y de la democracia obrera ocultaba en realidad la búsqueda de una nueva salida económica. La solución consistió en la supresión de las requisas de productos alimenticios y del monopolio de los cereales y en la hacer gradualmente independiente a la industria estatal en relación con la tiranía de las direcciones económicas centrales. Esas decisiones históricas fueron adoptadas por unanimidad y pusieron fin a toda discusión sindical dado que, como consecuencia de la instauración de la NEP, el papel de los sindicatos fue considerado en forma distinta. Algunos meses más tarde, hubo que modificar radicalmente la resolución sobre los sindicatos.

El grupo más duradero y, en ciertos aspectos, más peligroso fue el de la “oposición obrera”. Reflejó, desnaturalizándolas, las contradicciones del “comunismo de guerra”, ciertos errores del partido, así como las dificultades objetivas esenciales de la organización socialista. Pero esta vez tampoco se limitó a una toma de posición formal. Sobre los problemas de la democracia se adoptó una decisión de principio, pero en lo relativo a la depuración del partido, se elaboraron medidas efectivas, extremadamente importantes, que satisfacían lo que había de justo y sano en la crítica y en las reivindicaciones de la “oposición obrera”. Y sobre todo, gracias a las decisiones y a las medidas económicas adoptadas por el partido (y cuyo resultado fue la desaparición de las divergencias y de los grupos, el X Congreso pudo, con razones para creer que su decisión no carecería de validez, prohibir formalmente la constitución de fracciones. Pero, como lo demuestra la experiencia y el buen sentido político, es evidente que esa prohibición, por sí sola, no significaba ninguna garantía absoluta

ni tampoco sería contra la aparición de nuevos agrupamientos ideológicos y orgánicos. En este caso, la garantía esencial es una dirección justa y la atención puesta en las necesidades del momento que se reflejan en el partido y la elasticidad del aparato, que no debe paralizar sino organizar la iniciativa del partido, que no debe temer a la crítica ni tratar de frenarla, por miedo al fraccionalismo. La decisión del X Congreso que prohibió las fracciones no constituye por sí sola una solución para todas las dificultades internas del partido. Sería un “fetichismo organizativo” creer que cualquiera que sea el desarrollo del partido, los errores de la dirección, el conservadurismo del aparato, las influencias exteriores, etc., basta con una decisión para preservarnos de los agrupamientos y de las perturbaciones ocasionadas por la formación de fracciones. Creer esto sería una prueba de burocratismo.

Un ejemplo evidente nos lo proporciona la historia de la organización de Petrogrado. Poco después del X Congreso, que había prohibido la constitución de agrupamientos y fracciones, surge en Petrogrado una lucha muy enconada sobre el problema organizativo que dio origen a la formación de dos agrupamientos netamente opuestos entre sí. A primera vista, lo más simple hubiese sido lanzar el anatema contra por lo menos uno de los dos agrupamientos. Pero el comité central se negó categóricamente a emplear este método, que se le sugería desde Petrogrado. Asumió el papel de árbitro entre los dos agrupamientos y, finalmente, logró asegurar no únicamente su colaboración sino su total fusión con la organización. Este es un ejemplo importante que merece ser recordado y que podría servir para iluminar a algunos cerebros burocráticos.

Hemos dicho antes que todo agrupamiento importante y permanente dentro del partido, y con mayor razón toda fracción organizada, tenía tendencia a convertirse en el portavoz de determinados intereses sociales. Toda desviación puede, en el curso de su desarrollo, devenir la expresión de los intereses de una clase hostil o semihostil al proletariado. Ahora bien, el burocratismo es una. Desviación, y una desviación malsana; esperemos que esta afirmación no sea cuestionada. En el momento en que esto ocurre, amenaza con desviar al partido de su línea justa, de su línea de clase; y aquí reside el peligro. Pero (y éste es un hecho muy instructivo y a la vez uno de los más alarmantes) los que afirman con mayor nitidez, con mayor insistencia, y hasta brutalmente, que *toda* divergencia de criterios, *todo* agrupamiento de opinión, aun si es coyuntural, son una expresión de los intereses de las clases enemigas del proletariado, no quieren aplicar ese criterio al burocratismo.

Y sin embargo, el criterio social estaría, en este caso, perfectamente justificado, pues el burocratismo es un mal bien determinado, una desviación notoria e incuestionablemente peligrosa, oficialmente condenada pero que no da muestras de desaparecer. Por otra parte es muy difícil lograr su súbita desaparición. Pero si, tal como lo dice la resolución del comité central, el burocratismo amenaza con *separar al partido de las masas* y, por lo tanto, debilitar el carácter de clase del partido, es evidente que la lucha contra el burocratismo no podría en ningún caso ser el resultado de influencias no proletarias. Por el contrario, la aspiración del partido a conservar su carácter proletario inevitablemente debe engendrar la resistencia al burocratismo. Evidentemente, bajo la apariencia de esta resistencia, pueden manifestarse diversas tendencias erróneas, malsanas, peligrosas. Y sólo es posible descubrirlas por medio del análisis marxista de su contenido ideológico. Pero quien afirma que la resistencia al burocratismo se identifica con una lucha de grupo que puede servir para introducir en el partido influencias extrañas a éste, se convierte, por ello, en el canal de las influencias burocráticas.

Por otra parte, no hay que entender de manera demasiado simplista el pensamiento de quien sostiene que las divergencias del partido y, con mayor razón, los reagrupamientos no son otra cosa que una lucha de influencias de clases opuestas. En 1920, la cuestión de la invasión de Polonia suscitó dos corrientes de opiniones, una que preconizaba una política más audaz, la otra que predicaba la prudencia. ¿Constituían estas dos corrientes diferentes tendencias de clase? No creo que pueda afirmarse tal cosa. Se trataba sólo de divergencias en la apreciación de la situación, de las fuerzas y de los medios. El criterio esencial era el mismo para ambas partes.

Sucede con frecuencia que el partido está en condiciones de resolver un problema por diferentes medios. Y si en este caso se producen discusiones, es para saber cuál de esos medios es el mejor, el más expeditivo, el más económico. Según el problema en discusión, esas divergencias pueden interesar a sectores considerables en el partido, pero esto no quiere decir necesariamente que exista una lucha entre dos tendencias de clase.

Seguramente se producirán aún numerosos desacuerdos, pues nuestro camino es arduo y tanto las tareas políticas como los problemas económicos de la organización socialista originarán infaliblemente divergencias de opinión y de agrupamientos coyunturales. La verificación política de todos los matices de opinión por medio del análisis marxista constituirá siempre, para

nuestro partido, una de las medidas preventivas más eficaces. Pero es a esta verificación marxista concreta a la que hay que recurrir y no a los clisés que son instrumentos de defensa para el burocratismo. Se podrá controlar mucho mejor la ideología política heterogénea que hoy se levanta contra el burocratismo y depurarla de todos los elementos extraños y nocivos si se emprende seriamente el camino del “nuevo curso”; pero esto será imposible sin un viraje serio en la mentalidad y en las intenciones del aparato del partido. De otro modo asistiremos a una nueva ofensiva del aparato, que rechazará toda crítica contra el “viejo curso”, que ha sido formalmente condenado pero aún no liquidado, so pretexto de que se trata de una crítica fraccional. Si es verdad que las fracciones son peligrosas (y en realidad lo son), entonces es delito cerrar los ojos ante el peligro representado por la *fracción conservadora burocrática*. Y es precisamente contra este peligro que está dirigida en primer lugar la resolución del comité central.

Mantener la unidad del partido es la preocupación principal para la gran mayoría de los comunistas. Pero es necesario decir abiertamente que si existe hoy un serio peligro para la unidad, o cuanto menos para la unanimidad del partido, ese peligro está representado por el burocratismo desenfrenado. De allí se han levantado las voces provocadoras. De allí partió el atrevimiento de decir: no tenemos miedo a la escisión. Son los representantes de esta tendencia los que se alimentan del pasado, buscando en él todo aquello que pueda introducir una mayor aspereza en la discusión; ellos reaniman artificialmente los recuerdos de la vieja lucha, de la vieja escisión para habituar insensiblemente al espíritu del partido a la posibilidad de un delito tan monstruoso, tan funesto, como puede serlo una nueva escisión. Se trata de oponer a la necesidad de unidad que es viva en el partido, la necesidad de un régimen menos burocrático.

Si el partido se dejase influir, sacrificaría así los elementos vitales de su democracia, se llegaría a una lucha interna más áspera y resultaría seriamente quebrantada su cohesión. No se puede pretender que el partido tenga confianza en el aparato cuando es el aparato el que no tiene confianza en el partido. El problema radica aquí. La

prejuiciosa desconfianza de la burocracia con respecto al partido, a su conciencia y a su espíritu de disciplina, es la causa de todos los males producidos por el dominio del aparato. El partido no quiere las fracciones y nos las tolerará. Es simplemente monstruoso creer que el partido destrozará o permitirá que alguien destruya su aparato. El partido sabe que el aparato está compuesto por los elementos más valiosos, que encarnan la mayor parte de la experiencia del pasado. Pero el partido quiere renovar el aparato, y recuerda que es *su aparato*, que está elegido *por el partido*, y que no puede separarse de él.

Reflexionando adecuadamente sobre la situación creada en el partido y que se evidenció de modo claro en el curso de la discusión, se verá que el porvenir se nos presenta bajo una doble perspectiva: o el reagrupamiento ideológico orgánico que se ha formado ahora en el partido sobre la base de las resoluciones del comité central constituye un paso adelante en el camino del desarrollo orgánico de todo el partido, significa el comienzo de un nuevo capítulo (y ésta es para todos nosotros la solución más deseable y la más fecunda para el partido, que dará cuentas fácilmente de los excesos en la discusión y en la oposición y, con mayor razón, de las tendencias democráticas vulgares), o bien, pasando a la contraofensiva, el aparato caerá en cierta forma bajo los golpes de sus elementos más conservadores y, con el pretexto de combatir las fracciones, hará retroceder al partido y restablecerá la “calma”. Esta segunda eventualidad es incomparablemente más dolorosa; no impedirá, como es obvio, el desarrollo del partido, pero este desarrollo sólo se dará al precio de grandes esfuerzos y de muy serios trastornos, pues este método alimentará aún más las tendencias nocivas, que se oponen al partido y que amenazan con disolverlo. Tales son las dos eventualidades que debemos considerar.

Mi carta sobre el “nuevo curso” tenía por finalidad ayudar al partido a recorrer el primer camino, que es el más justo y el más económico. Y mantengo totalmente sus términos, rechazando toda interpretación tendenciosa o falsa.

Pravda, 28 de diciembre de 1923.

(4)

EL BUROCRATISMO Y LA REVOLUCIÓN (Proyecto de informe que el autor luego no redactó)

1.- Las condiciones esenciales que además de obstaculizar la realización del ideal socialista muchas veces constituyen para la revolución una fuente de pruebas penosas y graves peligros son suficientemente conocidas. Ellas son: a) las

contradicciones sociales internas de la revolución que, en la época del “comunismo de guerra”, eran automáticamente reprimidas pero que, bajo la NEP, se desarrollan fatalmente y tratan de encontrar una expresión política; b) la amenaza

contrarrevolucionaria que representan para la república soviética los estados imperialistas.

2.- Las contradicciones sociales de la revolución son contradicciones de clase. ¿Cuáles son las clases fundamentales en nuestro país? Ellas son: a) el proletariado; b) el campesinado; c) la nueva burguesía, con el sector de intelectuales burgueses que la recubre.

Desde el punto de vista económico y político, el primer lugar lo ocupa el proletariado organizado en estado y el campesinado que proporciona los productos agrícolas, predominantes en nuestra economía. La nueva burguesía desempeña principalmente el papel de intermediario entre la industria soviética y la agricultura, así como entre los diferentes sectores de esa industria y las diferentes ramas de la economía rural. Pero no se limita a ser un intermediario comercial sino que parcialmente asume también el papel de organizador de la producción.

3.- Haciendo abstracción de la rapidez del desarrollo de la revolución proletaria en occidente, la marcha de nuestra revolución estará determinada por el crecimiento proporcional de los tres elementos fundamentales de nuestra economía: industria soviética, agricultura, capital comercial e industria privada.

4.- Las analogías históricas con la gran Revolución Francesa (caída de los jacobinos) que establecen el liberalismo y el menchevismo, y con las que intentan consolarse, son superficiales e inconsistentes. La caída de los jacobinos estaba predeterminada por la falta de madurez de las relaciones sociales: la izquierda (artesanos y comerciantes arruinados), privada de la posibilidad de desarrollo económico no podía constituir un apoyo firme para la revolución; la derecha (burguesía) crecía inevitablemente; además, Europa, económica y políticamente más atrasada, impedía que la revolución se extendiera más allá de los límites de Francia.

En todos estos aspectos, nuestra situación es incomparablemente más favorable. En nuestro caso, el centro, juntamente con la izquierda de la revolución, es el proletariado, cuyas tareas y objetivos coinciden totalmente con la realización del ideal socialista. El proletariado es políticamente tan fuerte que, al permitir dentro de ciertos límites, la formación a su lado de una nueva burguesía, hace participar al campesinado en el poder del Estado no por intermedio de la burguesía y de los partidos pequeños burgueses, sino directamente, cerrando de ese modo a la burguesía el acceso a la vida política. La situación económica y política de

Europa no solamente no excluye sino que hace inevitable la extensión de la revolución a su territorio. Mientras que en Francia la política de los jacobinos, a pesar de ser la más clarividente, era incapaz de modificar radicalmente el curso de los acontecimientos, entre nosotros, donde la situación es infinitamente más favorable, la justeza de una línea política trazada según los métodos del marxismo será por largo tiempo un factor decisivo para la salvaguardia de la revolución.

5.- Aceptemos la hipótesis histórica más desfavorable para nosotros. Si se produjera un rápido desarrollo del capital privado, esto significaría que la industria y el comercio soviéticos, incluida la cooperación, no aseguran la satisfacción de las necesidades de la economía campesina. Además demostraría que el capital privado se interpone cada vez más entre el estado obrero y el campesinado, y adquiere una influencia económica, y por lo tanto política, sobre este último. Es evidente que semejante ruptura entre la industria soviética y la agricultura, entre el proletariado y el campesinado, constituiría un grave peligro para la revolución proletaria, un síntoma de la posibilidad de triunfo de la contrarrevolución.

6.- ¿Cuáles son las vías *políticas* que podrían conducir a la victoria de la contrarrevolución si las hipótesis *económicas* que acabamos de exponer se realizasen? Podría haber varias: la caída del partido obrero, su degeneración progresiva, una degeneración parcial acompañada de escisiones y de perturbaciones contrarrevolucionarias.

La realización de una u otra de esas eventualidades dependerá sobre todo de la *rapidez* del desarrollo económico. En el caso en que el capital privado llegue poco a poco, lentamente, a dominar al capital soviético, el aparato soviético sufriría posiblemente una degeneración burguesa con las consecuencias que eso acarrearía para el partido. Si el capital privado creciera rápidamente y llegase a ponerse en contacto, a soldarse con el campesinado, las tendencias contrarrevolucionarias activas dirigidas contra el partido probablemente prevalecerían.

Si exponemos de forma cruda esas hipótesis, no es evidentemente porque las consideremos históricamente probables (por el contrario, su probabilidad es mínima) sino porque sólo esa manera de plantear el problema permite una orientación justa y, en consecuencia, la adopción de todas las medidas preventivas posibles. Nuestra superioridad, en cuanto marxistas, reside en nuestra capacidad de distinguir y de captar las nuevas tendencias y los nuevos peligros, aún en el caso de encontrarse todavía en estado embrionario.

7.- La conclusión de lo que acabamos de decir referido al aspecto económico nos remite al problema de las “tijeras”, es decir a la organización racional de la industria, a su coordinación con el mercado campesino. Perder el tiempo en esta situación específica significa reducir nuestra lucha contra el capital privado. Y ésta es la tarea principal, la clave esencial del problema de la revolución y del socialismo.

8.- Si el peligro contrarrevolucionario surge (como hemos dicho) de ciertas relaciones sociales, esto no significa que, con una política justa no se pueda prevenir ese peligro (aun en condiciones económicas desfavorables para la revolución), disminuirlo, alejarlo, aplazarlo. Ahora bien, lograr aplazar un peligro puede ser la salvación de la revolución, al lograr asegurarse ya sea un viraje favorable para la economía interna ya sea el contacto con la revolución victoriosa europea.

Por eso, sobre la base de la política económica indicada anteriormente, es necesaria una determinada política del estado y del partido (incluida una determinada política dentro del partido) que tenga por objeto contrarrestar la acumulación y el reforzamiento de las tendencias dirigidas contra la dictadura de la clase obrera y alimentadas por las dificultades y los fracasos del desarrollo económico.

9.- La heterogeneidad de la composición social de nuestro partido refleja las contradicciones objetivas del desarrollo de la revolución, con las tendencias y peligros que se derivan de ello:

*las células de fábrica, que aseguran la vinculación entre el partido y la clase fundamental de la revolución, representan una sexta parte de los efectivos del partido;

*pese a todos sus aspectos negativos, las células de las instituciones soviéticas aseguran al partido la dirección del aparato del estado; también su importancia es considerable; los viejos militantes participan en gran medida en la vida del partido a través de estas células;

*las células rurales dan al partido una cierta vinculación (muy débil aún) con el campo;

*las células militares realizan la vinculación del partido con el ejército y, a través suyo, con el campo (sobre todo);

*finalmente, en las células de las instituciones de enseñanza, todas esas tendencias e influencias se mezclan y entrecruzan.

10.- Por su composición de clase, las células de fábrica son, por supuesto, fundamentales. Pero como sólo constituyen una sexta parte del partido y sus elementos más activos fueron retirados, para ser afectados al aparato del partido o del estado, el partido no puede, por desgracia, apoyarse únicamente (o ni siquiera preferentemente) en ellas.

11.- Las tendencias contrarrevolucionarias pueden encontrar apoyo en los kulaks, los intermediarios, los revendedores, los concesionarios, en una palabra, entre elementos mucho más capaces de absorber el aparato de estado que el propio partido.

Sólo las células campesinas y militares podrían estar amenazadas por una influencia más directa y hasta por una penetración por parte de los kulaks. Sin embargo, la diferenciación del campesinado representa un factor capaz de contrarrestar esta influencia. La no admisión de los kulaks en el ejército (comprendidas las divisiones territoriales) debe no sólo seguir siendo una regla inviolable, sino también convertirse en un factor esencial de la educación política de la juventud rural, de las unidades militares y sobre todo de las células militares.

Los obreros asegurarán su papel dirigente en las células militares oponiendo políticamente las masas rurales laboriosas del ejército con los sectores renacientes de los kulaks. Esta oposición deberá igualmente ser explicada. El éxito de esta acción evidentemente dependerá, en definitiva, de la medida en que la industria estatal logre satisfacer las necesidades del campo.

Pero cualquiera que sea la rapidez de nuestro desarrollo económico, nuestra línea política fundamental en las células militares debe estar dirigida no sólo contra la nueva burguesía, sino ante todo contra el sector de los kulaks, único apoyo serio y posible de todas las tentativas contrarrevolucionarias. Desde este punto de vista, es necesario un análisis más minucioso de los diferentes elementos del ejército desde el punto de vista de su composición social.

12.- Es indudable que por medio de las células rurales y militares se infiltran y se infiltrarán en el partido tendencias que reflejan más o menos el campo, con las características especiales que lo distinguen de la ciudad. Si no ocurriera así, las células rurales no tendrían ningún valor para el partido.

Las modificaciones del estado de ánimo que se manifiestan en esas células constituyen para el partido un aviso o una advertencia. Las posibilidades de dirigir a esas células según la línea

del partido dependen de la justeza de la dirección general del partido así como de su régimen interno y, finalmente, de nuestros éxitos en la solución del problema decisivo.

13.- El aparato de estado es la causa principal del burocratismo. Por una parte, absorbe a una gran cantidad de los elementos más activos del partido y enseña a los más capaces los métodos de administrar a los hombres y las cosas pero no la dirección política de las masas. Además acapara en gran medida la atención del aparato del partido, a quien influye con sus métodos administrativos.

Esa es la causa, en gran medida, del burocratismo del aparato, que amenaza con separar al partido de las masas. Precisamente este peligro es ahora el más evidente e inmediato. En las condiciones actuales, la lucha contra los otros peligros debe comenzar con la lucha contra el burocratismo.

14.- Es indigno de un marxista considerar que el burocratismo es sólo el conjunto de los malos hábitos de los empleados de oficina. El burocratismo es un fenómeno social en tanto que sistema determinado de administración de los hombres y de las cosas. Sus causas más profundas son la heterogeneidad de la sociedad, la diferencia de los intereses cotidianos y fundamentales de los diferentes grupos de la población. El burocratismo se complica debido a la carencia de cultura de las masas. Entre nosotros, la causa esencial del burocratismo reside en la necesidad de crear y sostener un aparato estatal que una los intereses del proletariado con los del campesinado en una armonía económica perfecta de la que aún estamos muy lejos. La necesidad de mantener permanentemente un ejército es también otra causa importante del burocratismo.

Es evidente que los fenómenos sociales negativos que acabamos de enumerar y que alimentan ahora al burocratismo podrían, si continuasen

desarrollándose, poner en peligro a la revolución. Ya mencionamos anteriormente esta hipótesis: el creciente desacuerdo entre la economía soviética y la economía campesina, el fortalecimiento de los kulaks en el campo, su alianza con el capital comercial e industrial privado serían, dado el nivel cultural de las masas trabajadoras del campo y en parte de la ciudad, las causas de los eventuales peligros contrarrevolucionarios.

En otros términos, el burocratismo en el aparato de estado y en el partido es la expresión de las peores tendencias inherentes a nuestra situación, de los defectos y de las desviaciones de nuestro trabajo que, bajo determinadas condiciones sociales, pueden socavar las bases de la revolución. Y en este caso, como en muchos otros, la cantidad, alcanzado un determinado grado, se transformará en calidad.

15.- La lucha contra el burocratismo del aparato estatal es una tarea excepcionalmente importante, pero que exige mucho tiempo, y más o menos paralela a nuestras otras tareas fundamentales: la reconstrucción económica y la elevación del nivel cultural de las masas.

El instrumento histórico más importante para la realización de todas estas tareas es el partido. Evidentemente, el partido no puede prescindir de las condiciones sociales y culturales del país. Pero, como organización voluntaria de vanguardia de los mejores elementos, los más activos, los más conscientes de la clase obrera, puede, en mucha mayor medida que el aparato de estado, prevenirse contra las tendencias del burocratismo. Para ello, debe ver claramente el peligro y combatirlo sin descanso.

De aquí la enorme importancia de la educación de la juventud del partido, basada en la iniciativa personal, si se quiere modificar el funcionamiento del aparato del estado y transformarlo.

(5)

TRADICION Y POLITICA REVOLUCIONARIA

El problema de las relaciones entre la tradición y la política del partido no es simple, sobretudo en la actualidad. En estos últimos años, hemos hablado muchas veces de la enorme importancia de la tradición teórica y práctica de nuestro partido y hemos declarado que, en ningún caso, podíamos permitir la ruptura de nuestra filiación ideológica. Pero debemos precisar bien el modo de concebir la tradición del partido. Para ello, comenzaremos con ejemplos históricos con los que reforzaremos nuestras conclusiones.

Tomemos el "clásico" partido de la Segunda Internacional: la socialdemocracia alemana. Su política "tradicional" semisecular se basaba en la adaptación del partido al régimen parlamentario y en el crecimiento ininterrumpido de la organización, de su prensa y de sus finanzas. Esta tradición, que no es totalmente extraña, tenía un carácter semiautomático: cada día derivaba naturalmente del precedente y, también naturalmente, preparaba el siguiente. La organización crecía, la prensa se desarrollaba y las finanzas aumentaban.

En este automatismo se formó toda la generación que sucedió a Bebel: una generación de burócratas, filisteos, espíritus obtusos, cuya fisonomía política se puso en evidencia apenas comenzó la guerra imperialista. En cada uno de los congresos de la socialdemocracia se hablaba invariablemente de la vieja táctica del partido consagrada por la tradición. Y, en efecto, la tradición era poderosa. Era una tradición automática, desprovista de espíritu crítico, conservadora, que terminó ahogando la voluntad revolucionaria del partido.

La guerra despojó definitivamente a la vida, política alemana de su “tradicional” equilibrio. Desde los primeros momentos de su existencia oficial, el joven partido comunista entró en un período tempestuoso de crisis y perturbaciones. Sin embargo, en el curso de su historia relativamente corta, es posible distinguir el papel no solamente creador sino también conservador de la tradición que, en cada etapa, en cada viraje, se enfrenta con las necesidades objetivas del movimiento y la conciencia crítica del partido.

En el primer período de existencia del comunismo alemán, la lucha directa por el poder representaba la tradición, la tradición heroica. Los terribles acontecimientos de marzo de 1921 revelaron que el partido no tenía todavía suficientes fuerzas como para alcanzar ese objetivo. Hubo que cambiar de táctica y emprender la lucha por las masas antes de recomenzar la lucha directa *por el poder*.

Ese cambio fue difícil de realizar, pues se oponía a una nueva tradición. Actualmente, en el partido ruso, se recuerdan todas las divergencias de criterios, incluso las más insignificantes, que surgieron en el partido o en su comité central durante estos últimos años. Quizá convendría también recordar la diferenciación fundamental que se manifestó durante el III Congreso de la Internacional Comunista. Es evidente ahora que el viraje que se produjo entonces bajo la dirección de Lenin, a pesar de la resistencia encarnizada de un sector inicialmente considerable de la mayoría del congreso, salvó literalmente a la Internacional del aniquilamiento y de la disgregación con que era amenazada por el “izquierdismo” automático, desprovisto de espíritu crítico, que, en un breve lapso de tiempo, se había constituido en rígida tradición.

Después del III Congreso, el Partido Comunista Alemán realizó, con bastante dificultad, el viraje necesario. Entonces comienza el período de lucha para ganarse a las masas bajo la consigna del frente único, con largas negociaciones y otros procedimientos pedagógicos. Esta táctica duró más de dos años y suministró excelentes resultados. Pero, al mismo tiempo, esos nuevos procedimientos

prologados de propaganda se transforman... en una nueva tradición semiautomática, cuyo papel fue muy importante en los acontecimientos del segundo semestre de 1923.

En la actualidad, es incuestionable que el período que va desde mayo (comienzo de la resistencia en el Ruhr) o desde julio (aplastamiento de esa resistencia) hasta noviembre, momento en que el general Seeckt toma el poder, constituye en la vida de Alemania una fase de crisis muy neta y sin precedentes. La resistencia que la Alemania republicana semimoribunda de Ebert-Cuno había intentado oponer al militarismo francés es aplastada, arrastrando tras ella al lastimoso equilibrio social y político del país. La catástrofe del Ruhr desempeñó en cierta medida para la Alemania “democrática” el mismo papel que cinco años antes desempeñó para el régimen de los Hohenzollern la derrota de las tropas alemanas.

Desvalorización inusitada del marco. Caos económico, efervescencia e incertidumbre generales, disgregación de la socialdemocracia, aflujo constante de obreros a las filas comunistas, espera generalizada de un golpe de estado... Si el partido comunista hubiese modificado bruscamente la orientación de su trabajo y hubiese consagrado los cinco o seis meses que le concedía la historia a una preparación directa política, orgánica y técnica de la toma del poder, el desenlace de los acontecimientos habría sido muy distinto del que se produjo en noviembre.

Pero el partido alemán había entrado en la nueva fase de esta crisis, quizás sin precedentes en la historia mundial, armado sólo con los procedimientos utilizados durante los dos años precedentes y que estaban destinados, por medio de la propaganda, a estabilizar su influencia sobre las masas. En ese momento hacía falta una nueva orientación, un nuevo tono, una nueva forma de abordar a las masas, una nueva interpretación y una nueva aplicación del frente único, nuevos métodos de organización y de preparación técnica, en una palabra un brusco viraje táctico. El proletariado tendría que haber visto en acción a un partido revolucionario que se encaminase directamente a la conquista del poder.

Pero el partido alemán continuaba, al fin de cuentas, su política de propaganda, aunque a una escala más vasta. Sólo en octubre tomó una nueva orientación. Pero entonces ya le quedaba muy poco tiempo para desarrollar su iniciativa. Imprimió a su preparación un ritmo febril, la masa no pudo seguirlo, la inseguridad del partido se contagió al proletariado y, en el momento decisivo, el partido se negó a combatir.

Si el partido cedió sin resistencia posiciones excepcionales, ello ocurrió principalmente porque no supo, a comienzos de la nueva fase (mayo-julio de 1923) liberarse del automatismo de su política anterior, establecida como si debiese durar muchos años, y plantear decididamente en la agitación, la acción, la organización y la técnica, el problema de la toma del poder.

El tiempo es un elemento muy importante en política, particularmente en una época revolucionaria. Muchas veces se necesitan años y decenas de años para recuperar algunos meses perdidos. Lo mismo nos hubiese ocurrido a nosotros si nuestro partido no hubiese tomado la iniciativa en abril de 1917 y no se hubiese apoderado del poder en octubre. Sin embargo, tenemos motivos para creer que el proletariado alemán no pagará demasiado cara su vacilación, pues la estabilidad del actual régimen alemán, sobre todo a consecuencia de la situación internacional, es más que dudosa.

Es evidente que, como elemento conservador, como presión automática del pasado sobre el presente, la tradición representa una fuerza extremadamente importante al servicio de los partidos conservadores, y profundamente hostil para un partido revolucionario. Toda la fuerza de este último radica, precisamente, en su libertad en relación con el tradicionalismo conservador. Esto no significa de ningún modo que sea libre con respecto a la tradición en general. Pero la tradición de un partido revolucionario es algo muy diferente.

Si se considera, por ejemplo, a nuestro partido bolchevique en su pasado revolucionario y en el período siguiente a Octubre, se reconocerá que su cualidad táctica más importante y valiosa es su aptitud inigualable para orientarse rápidamente, para cambiar de táctica, para renovar su armamento y para aplicar nuevos métodos, en una palabra, para operar bruscos virajes. Las difíciles condiciones históricas hicieron necesaria esta táctica, y el genio de Lenin le imprimió una forma superior. Esto no quiere decir que nuestro partido esté totalmente libre de un cierto tradicionalismo conservador: un partido de masas no puede tener semejante libertad ideal. Pero su fuerza se manifestó en el hecho de que el tradicionalismo, la rutina, estaban reducidos al mínimo debido a una iniciativa táctica clarividente, profundamente revolucionaria, a la vez audaz y realista. En esto consiste, y debe consistir, la verdadera tradición del partido.

La burocratización más o menos grande del aparato del partido se ve acompañada inevitablemente del desarrollo del tradicionalismo conservador con todos sus efectos. Es preferible exagerar este peligro que subestimarlos. El hecho de que los

elementos más conservadores del aparato tiendan a identificar sus opiniones, sus decisiones, sus procedimientos y sus faltas con el “viejo bolchevismo” e intenten asimilar la crítica del burocratismo a la destrucción de la tradición, es indudable y constituye por sí mismo la expresión incuestionable de una cierta petrificación ideológica.

El marxismo es un método de análisis histórico, de orientación política, y no un conjunto de decisiones preparadas de antemano. El leninismo es la aplicación de este método a las condiciones de una época histórica excepcional. Es precisamente esta alianza de las particularidades del momento con el método lo que determina la política audaz, segura de sí misma, de los *giros* bruscos, cuyos más altos ejemplos nos fueron dados por Lenin y que él mismo en varias oportunidades explicó y generalizó en el plano teórico.

Marx decía que los países adelantados ofrecen cierta medida la imagen del porvenir de los países atrasados. De esta proposición condicional se intentó hacer una ley absoluta que estuvo en la base de la “filosofía” del menchevismo ruso. Por eso se le fijaba al proletariado límites que derivaban no de la marcha de la lucha revolucionaria sino de un esquema mecánico. Y el marxismo menchevique era y sigue siendo únicamente la expresión de las necesidades de la sociedad burguesa, expresión adaptada a una “democracia” atrasada. En realidad, Rusia, debido a los fenómenos extremadamente contradictorios de su economía y su política, resultó ser la primera en recorrer el camino de la revolución proletaria.

Ni Octubre, ni Brest-Litovsk, ni la creación de un ejército campesino regular, ni el sistema de requisas de los productos alimenticios, ni la NEP, ni el plan del estado fueron ni podían ser previstos o predeterminados por el marxismo o el bolchevismo antes de Octubre. Todos esos hechos y todos esos virajes fueron el resultado de la aplicación autónoma, independiente, crítica, caracterizada por el espíritu de iniciativa, de los métodos del bolchevismo en una situación a cada momento diferente.

Cada decisión, antes de ser adoptada, suscitaba grandes discusiones. La mera referencia a la tradición nunca fue un factor decisivo. Ante cada nueva tarea, en cada nuevo giro, no se trata de buscar en la tradición una respuesta inexistente sino de aprovechar toda la experiencia del partido para encontrar por sí mismo una nueva solución conveniente a la situación y, de ese modo, enriquecer la tradición. También se puede decir que el leninismo consiste en no mirar hacia atrás, en no

dejarse influir por los precedentes, referencias y citas puramente formales.

El propio Lenin expresó recientemente este pensamiento con una frase de Napoleón: *on s'engage et puis on voit*. Dicho de otro modo, una vez embarcado en la lucha, no ocuparse demasiado de los modelos y de los precedentes, profundizar en la realidad tal cual es y buscar en ella las fuerzas necesarias para la victoria y las vías que conducen a ella. Por seguir esta línea, Lenin fue acusado en su propio partido, no una vez sino decenas de veces, de violar la tradición y repudiar el “viejo bolchevismo”.

Recordemos que los *otsovistas* intervenían invariablemente con el pretexto de la defensa de las tradiciones bolcheviques contra la desviación leninista (se encuentran materiales muy interesantes sobre este tema en la *Krásnaia Létopis*, número 9). Bajo la égida del “viejo bolchevismo”, en realidad bajo la égida de la tradición formal, ficticia, errónea, todo lo que había de rutinario en el partido se sublevó contra las “tesis de abril” de Lenin. Uno de los historiadores de nuestro partido (los historiadores de nuestro partido no tienen hasta el momento mucha suerte) me decía en el momento más crucial de los acontecimientos de Octubre: “No estoy con Lenin porque soy un viejo bolchevique y sigo siendo partidario de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado”. La lucha de los “comunistas de izquierda” contra la paz de Brest-Litovsk y a favor la guerra revolucionaria también se hizo en nombre de la integridad de la tradición revolucionaria del partido, de la pureza del “viejo bolchevismo” que había que proteger de los peligros del oportunismo de estado. Es inútil recordar que toda la crítica de la “oposición obrera” consistió, en suma, en acusar al partido de violar las viejas tradiciones. Recientemente hemos visto a los intérpretes más oficiales de las tradiciones del partido en el problema nacional entrar en contradicción con las necesidades de la política del partido en lo referente a ese problema así como con la posición de Lenin.

Se podría multiplicar estos ejemplos, dar gran cantidad de otros históricamente menos importantes pero igualmente convincentes. Lo que acabamos de decir es suficiente para demostrar que cada vez que las condiciones objetivas exigen un nuevo giro, un viraje audaz, una iniciativa creadora, la resistencia conservadora manifiesta una tendencia natural a oponer a las nuevas tareas, a las nuevas condiciones, a la nueva orientación, las “viejas tradiciones”, el pretendido “viejo bolchevismo”, en realidad la envoltura vacía de un período que acabamos de dejar atrás.

Cuanto más cerrado en sí mismo está el partido, más impregnado está del sentimiento de su importancia intrínseca, reacciona más lentamente ante las necesidades de las bases y tiende más a oponer la tradición formal a las nuevas necesidades, a las nuevas tareas. Y si hay algo capaz de asestar un golpe mortal a la vida espiritual del partido y a la formación doctrinal de la juventud, ese algo es la transformación del leninismo, método que requiere en su aplicación iniciativa, pensamiento crítico y audacia ideológica, en un dogma que sólo exige intérpretes escogidos de una vez para siempre.

No podría concebirse el leninismo sin poder teórico, sin un análisis crítico de las bases materiales del proceso político. Es preciso aguzar y aplicar incesantemente el arma de la investigación marxista. En esto consiste la tradición, y no en la sustitución del análisis por una referencia formal o una cita casual. El leninismo no podría conciliarse con la superficialidad ideológica y la negligencia teórica.

No se puede fragmentar el pensamiento de Lenin en citas apropiadas para todos los casos, pues para Lenin la fórmula nunca estaba por encima de la realidad, siempre era el instrumento que permite aprehender la realidad y dominarla. Se puede encontrar fácilmente en Lenin decenas y centenares de pasajes que formalmente parecen contradecirse. Pero hay que observar no la relación formal de un texto con otro sino la relación real de cada uno de ellos con la realidad concreta en la cual la fórmula ha sido introducida como una palanca. La verdad leninista es siempre concreta.

Como sistema de acción revolucionaria, el leninismo presupone un sentido revolucionario estimulado por la reflexión y la experiencia y que equivale, en el campo social, a la sensación muscular en el trabajo físico. Pero no hay que confundir el sentido revolucionario con el olfato oportunista. Este último puede aportar éxitos efímeros, algunas veces hasta sensacionales; pero es un instinto político de orden menor, que siempre tiende hacia la línea de menor resistencia. Mientras que el leninismo trata de plantear y resolver los problemas revolucionarios fundamentales, de superar los principales obstáculos, su contrapartida demagógica consiste en eludir los problemas, en suscitar un apaciguamiento ilusorio, en adormecer el pensamiento crítico.

El leninismo es ante todo el realismo, la mejor apreciación cualitativa y cuantitativa de la realidad, desde el punto de vista de la acción revolucionaria. También es inconciliable con la evasión de la realidad, la pasividad, la pérdida de tiempo, la justificación activa de los errores del pasado con el pretexto de salvar la tradición del partido.

El leninismo es la independencia verdadera con respecto a prejuicios, al doctrinarismo moralizador, a todas las formas del conservadurismo espiritual. Pero creer que el leninismo significa que “todo está permitido” sería un error irreparable. El leninismo resume la moral, no formal sino realmente revolucionaria, de la acción de masas y del partido de masas. Nada le es tan extraño como la altivez de los funcionarios y el cinismo burocrático. Un partido de masas tiene su moral, que es el vínculo entre los combatientes en y para la acción. La demagogia es inconciliable con el espíritu de un partido proletario porque es falaz: al dar una solución simplificada de las dificultades del momento socava inevitablemente el futuro y debilita la confianza del partido en sí mismo.

Ante la dificultad, y enfrentada a un serio peligro, la demagogia se convierte fácilmente en pánico. Ahora bien, es difícil yuxtaponer, incluso en el papel, el pánico y el leninismo.

El leninismo combate con puños y dientes. Pero la guerra es imposible sin astucia, sin subterfugios, sin engaños. La astucia en un combate victorioso es un elemento constitutivo de la política leninista. Pero a la vez, el leninismo es la suprema honestidad revolucionaria con respecto al partido y a la clase obrera. No emplea ni la ficción, ni la autopromoción ni la falsa grandeza.

El leninismo es ortodoxo, obstinado, irreducible, pero no implica ni formalismo, ni dogma, ni burocratismo. En la lucha, toma al toro por los cuernos. Pretender convertir las tradiciones del leninismo en una garantía dogmática de la infalibilidad de todas las frases y pensamientos de los intérpretes de estas tradiciones, significa ridiculizar la verdadera tradición revolucionaria y transformarla en burocratismo oficial. Es ridículo e inútil tratar de hipnotizar a un gran partido revolucionario con la repetición de las mismas fórmulas, en virtud de las cuales habría que buscar la línea justa no en la esencia de cada problema ni tampoco analizando y resolviendo correctamente ese problema sino en informaciones de carácter... biográfico.

En lo que a mí respecta, diré que no considero el camino por el que llegué al leninismo menos seguro que el de los otros. Mi comportamiento al servicio del partido constituye la única garantía; no puedo dar otra. Y si se quiere plantear la cuestión en el plano de las investigaciones biográficas, entonces hay que hacerlo como se debe.

Entonces habría que responder a preguntas espinosas: ¿todos los que fueron fieles al maestro en las pequeñas cosas lo fueron también en las grandes? ¿Todos los que demostraron docilidad en presencia del maestro han dado garantías con ello de que continuarán su obra en su ausencia? Pero no tengo intención de analizar estos problemas tomando como ejemplo a determinados camaradas con los que, en lo que a mí respecta, quiero continuar trabajando en buenos términos.

Cualesquiera sean las futuras dificultades y divergencias de opinión, sólo se logrará triunfar con el trabajo colectivo del pensamiento del partido, verificándose en todo momento a sí mismo y verificando de ese modo la continuidad del desarrollo.

Este carácter de la tradición revolucionaria está vinculado al carácter particular de la disciplina revolucionaria. Allí donde la tradición es conservadora, la disciplina es pasiva y se quiebra ante el primer síntoma de crisis. Allí donde, como en nuestro partido, la tradición consiste en la más alta actividad revolucionaria, la disciplina alcanza su punto máximo, pues su importancia decisiva se verifica constantemente en la acción. De aquí la alianza indestructible de la iniciativa revolucionaria, de la elaboración crítica, audaz, de los problemas, con la disciplina férrea en el momento de la acción. Y sólo por medio de esta actividad superior los jóvenes pueden recibir las enseñanzas de los viejos y continuar esa tradición de disciplina.

Nosotros valoramos más que nadie las tradiciones del bolchevismo. Pero que no se identifique el bolchevismo con el burocratismo ni la tradición con la rutina oficial.

(6)

LA ‘SUBESTIMACIÓN’ DEL CAMPESINADO

Algunos camaradas han adoptado en materia de crítica política, métodos muy particulares: afirman que me equivoco hoy en tal o cual cuestión porque no tuve razón en un determinado problema hace, por ejemplo, quince años.

Este método simplifica considerablemente mi tarea. Pero lo que habría que hacer es estudiar los problemas actuales por sí mismos.

Un problema planteado hace muchos años está desde hace tiempo agotado y juzgado por la historia, y para referirse a él no hace falta grandes

esfuerzos de inteligencia; sólo es preciso memoria y buena fe. Pero en este sentido, no puedo decir que siempre ocurra así con mis críticos. Y voy a probarlo con un ejemplo relativo a uno de los problemas más importantes.

Uno de los argumentos favoritos en algunos medios durante estos últimos tiempos consiste en indicar (sobre todo indirectamente) que yo “subestimo” el papel del campesinado. Pero en vano se buscará en mis adversarios un análisis de este problema, hechos, citas; en una palabra, cualquier tipo de prueba. Casi siempre sus argumentaciones se reducen a alusiones a la teoría de la “revolución permanente” y a dos o tres rumores de pasillos. Nada más ni nada menos.

En lo concerniente a la teoría de la revolución permanente, no veo ninguna razón para renegar de lo que he escrito al respecto en 1904, 1905, 1906 y posteriormente. Aún ahora insisto en considerar que las ideas que yo desarrollaba en esa época están en su conjunto mucho más próximas al verdadero leninismo que la mayoría de los escritos que publicaban por ese entonces numerosos bolcheviques. La expresión “revolución permanente” pertenece a Marx, quien la aplicaba a la revolución de 1848. En la literatura marxista revolucionaria ese término siempre tuvo carta de ciudadanía. Franz Mehring lo usó a propósito de la revolución de 1905-1907. La revolución permanente es la revolución continua, sin interrupción. ¿Cuál es el pensamiento político que se intenta resumir en esta expresión?

Para nosotros comunistas, este pensamiento consiste en la afirmación de que la revolución no acaba después de una determinada conquista política, tras de la obtención de una determinada reforma social, sino que continua desarrollándose hasta la realización del socialismo integral. Así pues, una vez comenzada, la revolución (en la que participamos y que dirigimos) en ningún caso es interrumpida por nosotros en una etapa formal determinada.

Por el contrario, no dejamos de realizar y de llevar adelante esta revolución, conforme a la situación, en tanto que ella no haya agotado todas las posibilidades y todos los recursos del movimiento. Este concepto se aplica tanto a las conquistas de la revolución en un país como a su ampliación en el área internacional. En el caso de Rusia esta teoría significaba: lo que necesitamos no es la república burguesa ni tampoco la dictadura democrática del proletariado y del campesinado, sino el gobierno obrero apoyado por el campesinado que inicie la era de la revolución socialista internacional.

Así pues, la idea de la revolución permanente coincide totalmente con la línea estratégica fundamental del bolchevismo. En rigor, podía no vérsela así hace una quincena de años. Pero es imposible no comprenderla y no reconocerla ahora, cuando las fórmulas generales han sido verificadas por la experiencia.

No se podrá descubrir en mis escritos de esa época la menor tentativa de “pasar por encima” del campesinado. La teoría de la revolución permanente *conducía directamente al leninismo y en particular a las Tesis de Abril de 1917*. Ahora bien, esas tesis que predeterminaron la política de nuestro partido con vistas a octubre y en el momento de la insurrección provocaron, como se sabe, el pánico en muchos de aquellos que ahora sólo hablan con un santo horror de la teoría de la revolución permanente.

Analizar todos esos problemas con camaradas que desde hace tiempo dejaron de leer y viven únicamente de sus recuerdos de juventud es cosa penosa y por otra parte inútil. Pero los camaradas, y en primer lugar los jóvenes comunistas, que todavía poseen el fuego sagrado del partido, y que en todo caso, no se dejan asustar por las palabras cabalísticas como tampoco por la palabra “permanente”, harán bien en leer, lápiz en mano, las obras de esa época, a favor y en contra de la revolución permanente y en tratar de vincularlas con la Revolución de Octubre.

Sin embargo, lo que importa aún más es el estudio de los hechos durante y después de octubre. Allí se pueden verificar todos los detalles. Inútil es decir que con respecto a la adopción política por parte de nuestro partido del programa agrario de los socialistas revolucionarios no hubo entre Lenin y yo ni la sombra de un disenso. Lo mismo ocurrió en lo que respecta al decreto sobre la tierra.

Quizás nuestra política campesina haya sido errónea en algunos puntos particulares, pero nunca provocó entre nosotros la más mínima divergencia. Nuestra política se orientó hacia el campesinado medio con mi activa participación. La experiencia del trabajo en el sector militar contribuyó en gran medida a la realización de esta política. ¿Cómo se habría podido subestimar el papel y la importancia del campesinado en la formación de un ejército revolucionario reclutado entre los campesinos y organizado con la ayuda de los obreros más esclarecidos?

Basta examinar nuestra literatura política militar para ver hasta que punto estaba impregnada de la idea de que la guerra civil es políticamente la lucha del proletariado en oposición a los

contrarrevolucionarios por la conquista del campesinado y que la victoria sólo puede ser asegurada con el establecimiento de relaciones racionales entre los obreros y los campesinos, tanto en un regimiento aislado como a escala de las operaciones militares y en todo el estado.

En marzo de 1919, en un informe enviado al Comité Central desde la región del Volga donde me encontraba entonces, yo sostenía la necesidad de una aplicación más efectiva de nuestra política orientada hacia el campesino medio y protestaba por la negligencia del partido al respecto. En un informe inspirado directamente por una discusión en la organización de Senguileev, yo escribía:

“La situación política actual (que, por otra parte, quizás dure largo tiempo) corresponde a una realidad económico-social mucho más profunda, pues si la revolución proletaria triunfa en Occidente, *para realizar el socialismo deberemos apoyarnos en gran medida en el campesino medio y hacerlo participar de la economía socialista.*”

Sin embargo, la orientación hacia el campesino medio, en su primera forma (“testimoniar interés por el campesinado”, “no darle órdenes”, etc.) se rebeló insuficiente. Cada vez más se sentía la *necesidad de modificar la política económica*. Influido por mis observaciones por el estado de ánimo del ejército y mis comprobaciones durante un viaje de inspección económica que realicé en la zona de los Urales, escribí al Comité Central en 1920:

“La política actual de requisa de los productos alimenticios, de responsabilidad colectiva para la entrega de estos productos y de reparto equitativo de los productos industriales provoca la decadencia progresiva de la agricultura, la dispersión del proletariado industrial y amenaza con desorganizar totalmente la vida económica del país.”

Como medida práctica fundamental yo proponía:

“Reemplazar la requisa de los excedentes por un descuento proporcional a la cantidad de la producción (una especie de impuesto progresivo sobre el ingreso) y establecido de tal modo que siempre sea ventajoso aumentar la superficie sembrada o cultivarla mejor.”

Mi texto² proponía en resumen, pasar a la NEP en el campo. A esta proposición estaba vinculada otra que concernía a la nueva organización de la industria, proposición mucho menos detallada y mucho más circunspecta, pero dirigida en general contra el régimen de las “centrales” que suprimía toda coordinación entre la industria y la agricultura.

Esas proposiciones fueron rechazadas por el Comité Central. Esa fue nuestra única divergencia de opinión sobre el problema campesino.

2 Reproducimos aquí la parte fundamental de ese documento:

“Las tierras de los señores y de la corona han sido entregadas al campesinado. Toda nuestra política va dirigida contra los campesinos poseedores de una gran extensión de tierra, de un gran número de caballos: los kulaks. Además, nuestra política de reabastecimiento está basada en la requisa de los excedentes de producción agrícola (norma de consumo). Esto incita al campesino a cultivar sólo en la medida de las necesidades de su familia. En particular el decreto sobre la requisa de la tercera vaca (considerada como superflua) provoca la matanza clandestina de vacas, la venta secreta de la carne a precios altos, y la declinación de la industria de productos lácteos. A la vez, los elementos semiproletarios y hasta proletarios de las ciudades se establecen en los pueblos en donde organizan explotaciones. La industria pierde su mano de obra y, en la agricultura, la cantidad de explotaciones aisladas que se bastan a sí mismas tiende a aumentar continuamente. De esa manera se sabotea la base de nuestra política de reabastecimiento, basada en la requisa de excedentes, Si en el curso de este año la requisa da una cantidad más elevada de productos, hay que atribuirlo a la extensión del territorio soviético y a un cierto mejoramiento del aparato de reabastecimiento. Pero, en general, los recursos alimenticios del país amenazan con agotarse y ninguna mejora del aparato de requisa podrá remediar ese hecho. Las tendencias a la crisis económica pueden ser combatidas con los siguientes métodos:

1. Reemplazar la requisa de los excedentes por un descuento proporcional a la cantidad de la producción (una especie de impuesto progresivo sobre el ingreso agrícola) y establecido de tal forma que resulte beneficioso, no obstante, el aumento de la superficie cultivada, o el mejoramiento del cultivo.

2. Instituir una correlación más rigurosa entre los productos de la industria entregados a los campesinos y la cantidad de trigo proporcionada por ellos, no solamente por cantones y burgos sino también por explotaciones rurales.

Hacer participar en esta tarea a las empresas industriales locales. Pagar en parte a los campesinos, por las materias primas, el combustible y los productos alimenticios, que proporcionan, con productos de empresas industriales.

En todo caso, es evidente que la actual política de requisa según las normas de consumo, de responsabilidad colectiva para la entrega de los productos y de reparto igualitario de los productos industriales contribuye a la declinación de la agricultura, a la dispersión del proletariado y amenaza con desorganizar totalmente la vida económica del país.

¿En qué medida la adopción de la NEP era racional en febrero de 1920? Las opiniones pueden diferir al respecto. Personalmente, estoy seguro de que habría sido ventajosa. En todo caso, de los documentos que acabo de citar es imposible sacar la conclusión de que yo ignoraba sistemáticamente al campesinado o que no apreciaba suficientemente el papel que desempeñaba...

La discusión sobre los sindicatos fue provocada por el *impasse* económico en que nos hallábamos debido a la requisita de los productos alimenticios y del régimen de las omnipotentes “centrales”. ¿La vinculación de los sindicatos con los órganos económicos podía remediar la situación? Evidentemente no. Pero ninguna otra medida podía tampoco arreglar la situación mientras subsistiese el régimen económico del “comunismo de guerra”.

Esas discusiones episódicas desaparecieron ante la decisión de recurrir al mercado, decisión de una importancia capital y que no suscitó ninguna divergencia. La nueva resolución relativa a la tarea de los sindicatos sobre la base de la NEP fue elaborada por Lenin en el X y XI Congreso y adoptada por unanimidad.

Podría citar por lo menos una decena de otros hechos políticamente menos importantes pero que desmienten también claramente la fábula de mi pretendida “subestimación del papel del campesinado”. ¿Es, sin embargo, necesario, es acaso posible refutar una afirmación totalmente indemostrable y basada únicamente en la mala fe o, en el mejor de los casos, en una carencia de memoria?

¿Es cierto, por otra parte, que la característica fundamental del oportunismo internacional sea la subestimación del papel del campesinado? Esto no es verdad. La característica esencial del oportunismo, incluido nuestro menchevismo ruso, es la subestimación del papel del proletariado o, más exactamente, la falta de confianza en su fuerza revolucionaria.

Los mencheviques fundaban toda su argumentación contra la toma del poder por parte del proletariado en el gran número de campesinos y en su papel social determinante en Rusia. Los socialistas revolucionarios consideraban que el campesinado estaba hecho para dirigir al país, bajo su dirección y por su intermedio.

Los mencheviques, que hicieron causa común con los socialistas revolucionarios en los momentos más críticos de la revolución, estimaban que por su misma naturaleza el campesinado estaba destinado a ser el apoyo principal de la democracia burguesa,

a la cual ayudaban en toda ocasión, ya sea sosteniendo a los socialistas revolucionarios o a los cadetes. En realidad, en estas combinaciones, los mencheviques y los socialistas revolucionarios entregaron a la burguesía a los campesinos atados de pies y manos.

Se puede afirmar, es cierto, que los mencheviques y los socialistas revolucionarios subestimaban el probable papel del campesinado *con respecto a la burguesía*; pero subestimaban más aún el papel del proletariado con respecto al del campesinado. Y de esta última subestimación derivaba lógicamente la primera.

Los mencheviques rechazaban como una utopía, como un sinsentido, el papel dirigente del proletariado respecto al campesinado, con todas las consecuencias que de ello derivaban, es decir la conquista del poder por parte del proletariado apoyado en el campesinado. Este era el punto débil de los mencheviques.

Por otra parte, ¿cuáles eran, en nuestro propio partido, los principales argumentos contra la toma de poder antes de octubre? ¿consistían en una subestimación del papel del campesinado? Por el contrario, eran una sobrestimación de su papel en relación al del proletariado. Los camaradas que se oponían a la toma del poder alegaban principalmente que el proletariado sería aplastado por el elemento pequeño burgués cuya base era una población de más de cien millones de campesinos.

El término “subestimación” por sí solo no expresa nada ni teórica ni políticamente, pues se trata no del peso absoluto del campesinado en la historia sino de su papel y de su importancia *con relación* a otras clases: por una parte con la burguesía y por otra con el proletariado.

El problema puede y debe ser planteado concretamente, es decir, desde la perspectiva de la relación dinámica de las fuerzas de las diversas clases. El problema que tiene para la revolución una importancia considerable políticamente (decisiva en ciertos casos pero diferente según el país) reside en saber si, en el período revolucionario, el proletariado arrastrará consigo a los campesinos y en qué proporción.

El problema que, desde el punto de vista económico, tiene una gran importancia (decisiva en algunos países como el nuestro, pero muy diferente según el caso) es saber en qué medida el proletariado en el poder logrará conciliar las exigencias de la construcción del socialismo con las de la economía campesina.

Pero en todos los países y en todas las condiciones, la característica esencial del oportunismo reside en la sobrestimación de la fuerza de la clase burguesa y de las clases intermedias y en la subestimación de la fuerza del proletariado.

Ridícula, por no decir absurda, es la pretensión de establecer una fórmula bolchevique universal del problema campesino, válida para la Rusia de 1917 y para la de 1923, para Norteamérica con sus granjeros y para Polonia con su gran propiedad terrateniente.

El bolchevismo comenzó con el programa de la restitución de su pedazo de tierra al campesino, reemplazó ese programa por el de la nacionalización, hizo suyo, en 1917, el programa agrario de los socialistas revolucionarios, estableció el sistema de la requisa de los productos alimenticios, luego lo reemplazó por el impuesto a los alimentos... Y sin embargo, estamos todavía muy lejos de haber solucionado el problema campesino y habrá que efectuar muchos cambios y virajes en ese sentido.

¿Acaso no es evidente que no se puede disgregar las tareas prácticas actuales en fórmulas generales creadas por la experiencia del pasado? ¿Que no se puede reemplazar la solución de los problemas de organización económica con recurrir simplemente a la tradición? ¿Que no se puede, cuando se decide emprender un camino histórico, basarse únicamente en recuerdos y analogías?

En la actualidad, el objetivo económico fundamental consiste en establecer entre la industria y la agricultura y, en consecuencia, dentro de la industria, una correlación que permita a la industria desarrollarse con el mínimo de crisis, enfrentamientos y perturbaciones y que asegure a la industria y comercio estatales un predominio creciente sobre el capital privado.

Ese es el problema general, que se divide a su vez en una serie de problemas particulares: ¿cuáles son

los métodos a seguir para el establecimiento de una armonía racional entre la ciudad y el campo?, ¿entre los transportes, las finanzas y la industria?, ¿entre la industria y el comercio? ¿Cuáles son, finalmente, los datos estadísticos concretos que permitan en todo momento establecer los planes y los cálculos económicos más apropiados para la situación?

Evidentemente, estos son problemas cuya solución no puede estar predeterminada por una fórmula política general cualquiera. La respuesta concreta hay que hallarla en el proceso de realización.

Lo que el campesino nos pide no es la repetición de una fórmula histórica justa de las relaciones de clase ("soldadura" entre la ciudad y el campo, etc.) sino que le proporcionemos clavos, telas y fósforos a buen precio. Sólo podremos llegar a satisfacer esas reivindicaciones por medio de una aplicación cada vez más decidida de los métodos de registro, organización, producción, venta, verificación del trabajo, correcciones y cambios radicales.

¿Estos problemas tienen un carácter de principio de programa? No, porque ni los programas ni la tradición teórica del partido están vinculados ni pueden estarlo al respecto, puesto que carecemos de la experiencia, a partir de la cual se puede llegar a generalizar.

¿La importancia práctica de estos problemas es grande? Incommensurable. De su solución depende la suerte de la revolución. En esas condiciones, tratar de diluir cada problema práctico, y las divergencias que se producen, en la "tradición" del partido transformada en abstracción significa la mayoría de las veces renunciar a lo que hay de más importante en esta tradición: la situación y la solución de cada problema en su realidad integral.

Es preciso dejar de charlar sobre la subestimación del papel del campesinado. Lo que hay que hacer es rebajar el precio de las mercancías destinadas a los campesinos.

(7)

EL PLAN EN LA ECONOMÍA (El decreto número 1.042)

En la discusión actual, oral y escrita, el decreto número 1.042 ha sido citado con gran frecuencia no sé por qué causa. ¿Por qué ocurre eso? ¿Cómo? Sin duda, la mayoría de los miembros del partido han olvidado la significación de ese número misterioso. Se trata de la orden del Comisariado de Transportes del 22 de mayo de 1920 referida a la reparación de las locomotoras. Me parece que desde entonces transcurrió bastante tiempo y en la actualidad hay muchos problemas más urgentes que el de la organización de la reparación de locomotoras en

1920. Existen planes e instrucciones mucho más recientes en la metalurgia, la construcción de máquinas y en particular de máquinas agrícolas. Hay una resolución clara y precisa del XII Congreso sobre el sentido y las tareas del plan que la dirección debe realizar. Tenemos la experiencia reciente de la realización del plan de trabajo para 1923. ¿Por qué entonces precisamente ahora reaparece, como el *deus ex machina* del teatro romano, ese plan del período del comunismo de guerra?

Ha reaparecido porque detrás de la tramoya había directores de escena para los cuales su aparición era necesaria para el desenlace del drama. ¿Quiénes son esos directores y por qué tan súbitamente han sentido la necesidad del decreto 1.042? Es totalmente incomprensible. Habría que creer que este decreto ha sido exhumado por personas afectadas de una irresistible preocupación por establecer la verdad histórica. Es evidente que ellos también saben que hay muchos problemas más importantes y más actuales que el plan de reparación del material rodante de los ferrocarriles, puesto en práctica hace casi cuatro años. Pero juzguen ustedes mismos: ¿cómo seguir adelante, cómo establecer nuevos planes, cómo estar seguros de su justeza, de su éxito, sin comenzar por explicar a todos los ciudadanos rusos que el decreto 1.042 era un decreto erróneo, que descuidaba el factor campesinado, que despreciaba la tradición del partido y tendía a la constitución de una fracción? A simple vista, 1.042 parece un simple número de resolución. Pero no hay que dejarse llevar por las apariencias. Si se presta un poco más de atención y de clarividencia se verá que el número 1.042 no es, en el fondo, mejor que el número apocalíptico 666, símbolo de la Bestia. Es preciso comenzar por aplastar la cabeza de la Bestia apocalíptica y solamente entonces se podrá hablar libremente de los nuevos planes económicos aún no cubiertos por una prescripción de cuatro años...

A decir verdad, no tenía en principio ningún deseo de entretener a mis lectores con el decreto 1.042. Con mayor razón cuanto que los ataques de que es objeto se reducen a subterfugios y vagas alusiones destinadas a hacer creer que el que las utiliza sabe mucho más de lo que dice, cuando en realidad el infeliz no sabe nada de nada. En ese sentido, las “acusaciones” contra el decreto 1.042 no difieren mucho de las 1.041 acusaciones lanzadas contra mí... Se ha suplido la calidad por la cantidad. Se desvirtúan inescrupulosamente los hechos, se desfiguran los textos, se modifican las proporciones, se acumula todo en un montón sin orden ni método. Para poder hacerse una idea clara de las divergencias y de los errores del pasado, habría que poder reconstruir exactamente la situación en ese momento. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Y vale la pena, cuando deliberadamente se han ignorado numerosas acusaciones esencialmente falsas, reaccionar ante la reaparición del “decreto 1.042”?

Luego de haber reflexionado un poco, llegué a la conclusión de que sí valía la pena, porque éste es un caso típico de denuncia basada en la ligereza y la mala fe. El caso del decreto 1.042 es un caso concreto, referido a la producción, y que por consiguiente contiene datos precisos, cifras y medidas. Es relativamente fácil y simple repetir

informaciones seguras, citar hechos evidentes; la simple prudencia debería hacer callar a los que se ocupan del tema, pues es bastante fácil demostrar que hablan de lo que no saben ni tampoco comprenden. Además, si este ejemplo concreto, preciso, demuestra que el *deus ex machina* sólo es en realidad un bufón frívolo, quizás ayude al lector a comprender los métodos de puesta en escena que existen en las otras “acusaciones”, cuya vacuidad desgraciadamente es mucho menos verificable que la del decreto 1.042.

Trataré, en mi exposición del caso, de no limitarme a los datos históricos y de vincular la cuestión del decreto 1.042 a los problemas del plan de organización y de dirección económicas. Los ejemplos concretos que daré posiblemente hagan más claro todo este asunto.

El decreto 1.042, concerniente a la reparación de las locomotoras y a la utilización metódica con ese objeto de todas las fuerzas y los recursos de la administración ferroviaria y estatal en ese campo, fue largamente elaborado por los mejores especialistas que todavía ocupan puestos elevados en la dirección de ferrocarriles. La aplicación de la orden comenzó prácticamente en mayo-junio, aunque se establecía el 1 de julio de 1920 como fecha de iniciación. El plan interesaba no solamente a los talleres de reparación de la red ferroviaria sino también a las fábricas correspondientes del Consejo de Economía Nacional. Reproducimos a continuación un cuadro comparativo que indica la realización del plan por parte de los talleres ferroviarios y por parte de las fábricas del consejo de la economía. Nuestras cifras reproducen datos oficiales incuestionables presentados periódicamente al Consejo de Trabajo y Defensa por la Comisión Principal de Transportes y firmados por los representantes del Comisariado de Transporte y del Consejo de Economía Nacional.

Así, gracias a la intensificación del trabajo en los talleres del Comisariado de Transporte, fue posible aumentar desde octubre en un 28% la norma fijada, durante los primeros cuatro meses de 1921, la ejecución del plan fue un poco inferior a dicha norma. Pero después, cuando Dzerzhinski ocupó el puesto de comisario de transporte se enfrentó con dificultades ajenas a su voluntad. Por una parte, la carencia de material y de productos elementales para el personal afectado a reparaciones; por otra parte, la gran escasez de combustible, que imposibilitaba hasta la utilización de las locomotoras existentes. En consecuencia, el Consejo de Trabajo y Defensa decidió, por un decreto del 22 de abril de 1921 disminuir, durante el resto de 1921, las normas de reparación de las locomotoras determinadas por el plan 1.042. En los últimos ocho meses de 1921, el trabajo del

Comisariado de Transporte representa un 88% y el del Consejo de Economía Nacional el 44% del plan primitivo.

Los resultados de la ejecución del decreto 1042 durante el primer semestre, el más crítico para el sector transportes, son expuestos del siguiente modo en las tesis adoptadas por el buró político del partido para el VIII Congreso de los Soviets:

“El programa de reparación adquirió un carácter preciso no solamente para los talleres ferroviarios sino también para las fábricas del Consejo de Economía Nacional destinadas a transportes. El programa de reparaciones, establecido como resultado de un gran trabajo y aprobado por la Comisión Principal de Transportes, fue sin embargo ejecutado en una proporción muy diferente en los talleres ferroviarios (Comisariado de Transporte) y en las fábricas (Consejo de Economía Nacional).

*Realización del decreto número 1.042
(Porcentaje de realización del plan)*

	Talleres ferroviarios	Fábricas del Consejo de Economía Nacional
1920		
julio	135	40,5
agosto	131,6	74
septiembre	139,3	80
Octubre(3)	130	51
noviembre	124,6	70
diciembre	120,8	66
Total	130,2	70(4)
1921		
enero	95	36
febrero	90	38
marzo	101	
abril	98	26

Mientras que en los talleres la reparación total y media expresada en unidades de reparación media pasó durante ese año de 258 locomotoras a más de 1.000, es decir, aumentó cuatro veces, representando así un 130% del programa mensual fijado, las fábricas del Consejo de Economía sólo proporcionaron material y piezas de

recambio en la proporción de *un tercio del programa* establecido por la Comisión de Transportes, de acuerdo con las dos administraciones (ferroviaria y Consejo de Economía).

Pero a partir de un cierto momento, la ejecución de las normas establecidas por el decreto 1.042 se torna imposible, como consecuencia de la insuficiencia de materias primas y de combustible. Eso prueba precisamente que el decreto era erróneo, dirán ciertos críticos (que por otra parte recién acaban de conocer el hecho al leer estas líneas). ¿Qué otra cosa responderles sino que el decreto 1.042 reglamentaba la reparación de locomotoras pero no la producción de metales y la extracción del carbón reglamentada por otras órdenes y otras instituciones? El decreto 1.042 no era un plan económico universal sino solamente un plan referido a los transportes.

Pero, se dirá, ¿no había que tener en cuenta los recursos de combustible, de metales, etc.? Evidentemente, y precisamente por eso fue creada la Comisión de Transportes en la que participaron, con paridad de representantes, el Comisariado de Transportes y el Consejo de Economía Nacional. El plan fue establecido según las indicaciones de los representantes del Consejo de Economía Nacional que declararon que podían proporcionar los materiales necesarios. Si hubo un error de cálculo, la culpa recae totalmente en el Consejo de Economía.

¿Esto era lo que querían decir los críticos? Lo dudo. Estos críticos se muestran muy interesados en la verdad histórica pero a condición de que ésta les otorgue alguna ventaja. Ahora bien, entre esos críticos *post factum* hay algunos que en aquella época eran responsables de la gestión del Consejo de Economía Nacional. Pero, en sus críticas, se equivocan simplemente de dirección. Eso puede ocurrir. Como circunstancia atenuante, por otra parte, hay que reconocer que las previsiones relativas a la extracción del carbón, la producción de metales, etc., eran entonces mucho más difíciles de precisar que ahora. Si las previsiones del Comisariado de Transporte en lo concerniente a la reparación de las locomotoras eran incomparablemente más exactas que las del Consejo de Economía Nacional, era porque, al menos hasta cierto punto, la administración de los ferrocarriles estaba más centralizada y tenía mayor experiencia. Eso lo reconocemos, pero no cambia nada en lo que respecta al error de evaluación totalmente imputable al Consejo de Economía.

Ese error, que requirió la disminución de las normas del plan pero que no provocó su supresión, no constituye prueba ni a favor ni en contra del

3 Considerando los éxitos obtenidos en la ejecución del plan, la norma aumentó, a partir de octubre, en un 28%.

4 En lo que respecta al aprovisionamiento de los talleres ferroviarios en materiales y piezas de repuesto, las fábricas del Consejo de Economía Nacional realizaron el programa que se habían fijado sólo en un 30%.

decreto 1.042, que tenía esencialmente un carácter orientador y que registraba las modificaciones periódicas sugeridas por la experiencia. *La regularización de un plan de producción es uno de los puntos más importantes de su realización.* Hemos visto anteriormente que las normas de producción del decreto 1.042 fueron aumentadas, a partir de octubre de 1920, en un 28%, debido a que la capacidad de producción de los talleres del Comisariado de Transporte era, gracias a las medidas adoptadas, más elevada de lo que se había supuesto. También hemos visto cómo esas normas fueron sensiblemente disminuidas a partir de mayo de 1921, debido a circunstancias independientes del citado comisariado. Pero la disminución y el aumento de esas normas se hicieron siguiendo un plan determinado *cuya base fue proporcionada* por el decreto 1.042.

Eso es lo máximo que se le puede exigir de un plan de orientación. Evidentemente, lo que tenía mayor importancia eran las cifras de los primeros meses, el semestre del año siguiente, las otras sólo podían ser aproximativas. Ninguno de los que participaron en la elaboración del decreto pensó en ese momento que su ejecución duraría exactamente cuatro años y medio. Cuando se contempló la posibilidad de elevar la norma, el período teórico aproximativo fue reducido a tres años y medio. La carencia de materiales originó una nueva prolongación. Pero a pesar de todo, en el período más crítico del funcionamiento de los transportes (fines de 1920 y comienzos de 1921) el decreto era adaptado a la realidad, la reparación de las locomotoras se efectuó de acuerdo con un plan determinado, se cuadruplicó la actividad y los ferrocarriles se salvaron de una catástrofe inminente.

No se con qué planes ideales nuestros honorables críticos comparan el decreto 1.042. Creo que deberían compararlo con la situación anterior a su promulgación. Ahora bien, en esa época, las locomotoras estaban asignadas a cada fábrica que hacía el trabajo para reabastecerse de productos alimenticios. Se trataba de una medida desesperada que provocaba la desorganización del transporte y un derroche monstruoso del trabajo necesario para las reparaciones. El decreto 1.042 instauró una unificación, introdujo en la reparación los elementos de la organización racional del trabajo afectando series determinadas de locomotoras a talleres determinados, de manera que la reparación del material dependiera ya no de los esfuerzos dispersos de la clase obrera sino de un registro más o menos exacto de las fuerzas y de los recursos de la administración de transportes. En esto reside la importancia fundamental del decreto 1.042, independientemente del grado de coincidencia de las cifras del plan con las cifras de ejecución. Pero,

como ya hemos dicho, a pesar de este problema, igualmente todo fue bien.

Evidentemente, ahora que los hechos han sido olvidados, algunas personas pueden decir sobre el plan 1.042 todo lo que se les ocurra con la esperanza de que nadie se molestará en revisar los papeles y que, aunque eso se haga, algo de todo lo que dicen será cierto. Pero en esa época, el asunto era perfectamente claro e incuestionable. Se podría dar decenas de testimonios, pero yo elegiré tres, más o menos autorizados pero característicos cada uno en su género.

El 3 de junio, *Pravda* apreciaba de este modo la situación de los transportes:

“... Ahora, el funcionamiento de los transportes ha mejorado en ciertos aspectos. Cualquier observador, incluso el más superficial, puede comprobar un cierto ordenamiento, muy imperfecto todavía, pero que antes no existía. Por primera vez, se ha elaborado *un plan de producción* preciso, se ha fijado una tarea determinada a los talleres, a las fábricas y a los depósitos. Desde la revolución, es la primera vez que se efectúa un registro completo y exacto de todas las posibilidades de producción. Desde este punto de vista, el decreto 1.042, firmado por Trotsky, representa un cambio en nuestro trabajo en el sector del transporte...”

Pero vamos a reproducir un testimonio más autorizado y basado en la experiencia de un semestre. En el VIII Congreso de los Soviets, Lenin decía:

“... ya han visto ustedes en las tesis de los camaradas Iemshánov y Trotsky que, en este dominio, reparación de los transportes, se trata de un plan de largo alcance. El decreto número 1.042 fue calculado para cinco años, y en cinco años podemos reconstruir nuestro transporte, disminuir el número de locomotoras averiadas, y quisiera destacar, como lo más difícil quizá, la indicación de la novena tesis, que se refiere a que ya hemos reducido este plazo.

Cuando se publican grandes planes, calculados para muchos años, aparecen a menudo escépticos que dicen: no podemos calcular para tantos años; ojalá se pueda hacer lo que necesitamos ya mismo. Camaradas, hay que saber combinar lo uno

con lo otro; no es posible trabajar sin tener un plan calculado para un largo período y para un serio éxito. El indudable mejoramiento del trabajo en el transporte demuestra que esto es realmente así. Les invito a examinar el pasaje de la novena tesis, donde dice que el plazo para la reconstrucción del transporte, que era de cinco años, fue reducido ya, porque se ha trabajado sobrepasando la norma; el plazo fijado ahora es de tres años y medio. Es necesario trabajar también así en todas las otras ramas de la economía.” (Lenin, *Obras Completas*, edición en español, tomo XXXI, pág. 489.)

Por último, un año después de la publicación del decreto 1.042, leemos en la orden de Dzerzhinski titulada *Bases del futuro trabajo del Comisariado de Transportes*, fechado el 27 de mayo de 1921:

“Considerando que la disminución de la norma de los decretos 1.042 y 1.157, que constituyen las *primeras y brillantes experiencias de trabajo de acuerdo con un plan económico*, es temporaria y debida a la crisis del aprovisionamiento de combustible..., es preciso adoptar las medidas necesarias para apoyar y restablecer el aprovisionamiento de los talleres...”

Así, luego de una experiencia de unos años y de la forzosa disminución de las normas de reparación, el nuevo director (después de Iemshánov) de ferrocarriles reconocía que el decreto 1.042 había sido “una primera y brillante experiencia de la aplicación del plan en el dominio económico”. Dudo que sea posible rehacer, transformar ahora la historia, al menos en lo que hace a la reparación del material ferroviario. Sin embargo, en la actualidad muchas personas tratan de rehacer los hechos y de adaptarlos a las “necesidades” del presente. Pero no creo que esta reforma (efectuada también según un “plan”) tenga ninguna utilidad social y pueda tener finalmente resultados apreciables...

Es cierto que Marx llamó a la revolución la locomotora de la historia. Pero si bien es posible restaurar las locomotoras del ferrocarril, no creo que se pueda hacer lo mismo con la locomotora de la historia... En lenguaje común, esas tentativas se llaman falsificaciones.

Para embarullar la cuestión algunos podrían hacer a un lado las cifras y los hechos y hablar de la *Comisión Central de los Transportes* o de los pedidos de locomotoras al exterior. Creo que conviene señalar que estas cuestiones no guardan

entre sí ninguna relación. El decreto 1.042 siguió regulando el trabajo de reparación bajo la dirección de Iemshánov y luego con la de Dzerzhinski, mientras que la composición de la Comisión Central de los Transportes fue completamente cambiada. En lo que respecta a los pedidos de locomotoras al exterior, debo observar que *toda esta operación fue resuelta y realizada fuera del Comisariado de los Transportes e independientemente del decreto 1.042 y de su ejecución*. Y si alguien quiere desmentir estos hechos, que se atreva a hacerlo.

Como ya hemos visto, la comisión principal de transporte realizó en forma parcial y vacilante el objetivo de armonizar las ramas conexas de la economía, trabajo que ahora, en una escala más amplia y sistemática representa el objetivo del plan estatal, el Gosplan. El ejemplo que hemos citado pone en evidencia cuáles son las tareas y las dificultades de la realización del plan en la dirección económica.

Ninguna rama industrial, grande o pequeña, ni ninguna empresa pueden repartir racionalmente sus recursos y sus fuerzas sin contar con un plan orientador. Al mismo tiempo, todos esos planes parciales son relativos, dependen y se condicionan entre sí. Esta dependencia recíproca debe necesariamente servir de criterio fundamental en la elaboración y luego en la realización de los planes, es decir, en su verificación periódica sobre la base de los resultados obtenidos.

Nada es más fácil que burlarse de los planes establecidos para muchos años y que sobre la marcha se revelan como inconsistentes. De esos planes hubo muchos, y es inútil repetir que la fantasía no debe ser tenida en cuenta en el campo de la economía. Pero para llegar a establecer planes racionales desgraciadamente es preciso comenzar con planes más sencillos, así como fue preciso comenzar con el hacha de piedra para llegar al cuchillo de acero.

Es notable como muchas personas tienen todavía ideas infantiles sobre el problema del plan económico: “No tenemos necesidad [dicen], de numerosos [?!] planes; tenemos un plan de electrificación, comencemos a ejecutarlo.” Este razonamiento evidencia un total desconocimiento de los elementos mismos del problema. El plan de electrificación está totalmente subordinado a los planes de las ramas fundamentales de la industria, del transporte, de las finanzas y de la agricultura. Todos estos planes parciales deben ser ante todo concertados entre sí de acuerdo con los datos que se poseen sobre nuestros recursos y nuestras posibilidades económicas.

Sólo sobre un plan general concertado de ese modo, anual por ejemplo (que comprenda las fracciones anuales de los planes particulares para tres años, etc., y que represente sólo una hipótesis), puede y debe basarse el organismo dirigente que asegura la realización del plan y que aporta las modificaciones necesarias en el curso de esa realización. Al ser elástica, la dirección no cae entonces en una serie de improvisaciones, en la medida en que se base en una concepción general lógica del conjunto del proceso económico. Y así tenderá, introduciendo las modificaciones necesarias, a perfeccionar, a precisar el plan económico de acuerdo con las condiciones y con los recursos materiales.

Ese es el esquema general del plan en la economía estatal. Pero la existencia del *mercado* complica considerablemente su realización. En las regiones más alejadas, la economía estatal se suelda, o al menos trata de soldarse, con la pequeña economía campesina. El instrumento directo de esta soldadura es el comercio de los productos de la pequeña y, en parte, de la mediana industria, y sólo mucho más tarde, en forma indirecta y parcial, entra en juego la gran industria al servicio directo del estado (ejército, transportes, industria estatal). La economía campesina no está regida por un plan, sino que está condicionada por el mercado que se desarrolla espontáneamente. El estado puede y debe actuar sobre ella, impulsarla hacia adelante, pero todavía es absolutamente incapaz de canalizarla de acuerdo con un plan único. Hacen falta todavía muchos años para lograr eso (probablemente gracias, sobre todo, a la electrificación). En el próximo período, que es el que nos interesa directamente, tendremos una economía estatal dirigida según un plan determinado, que se soldará cada vez más con el mercado campesino y, en consecuencia, se adaptará a este último a medida que se vaya desarrollando.

Aunque ese mercado se desarrolle espontánea y naturalmente, eso no quiere decir que la industria estatal debe adaptarse a él también espontáneamente. Por el contrario, nuestros éxitos en la organización económica dependerán en gran parte de la medida en que, por medio de un conocimiento exacto de las condiciones del mercado y de previsiones económicas justas, lleguemos a coordinar la industria estatal con la agricultura según un plan determinado. La competencia entre las diferentes fábricas y entre los trusts estatales no modifica en nada el hecho de que el estado es el propietario de toda la industria nacionalizada y que como propietario, administrador y director, debe considerar su propiedad como un todo único en relación con el mercado campesino. Evidentemente, es imposible determinar con anticipación el movimiento del mercado campesino, así como también el del

mercado mundial, con el que se estrechará nuestra vinculación debido sobre todo a la exportación del trigo y de materias primas. Los errores de apreciación son inevitables, aunque sólo sea a causa de la variabilidad de la cosecha. Esos errores, en lo que respecta al mercado, se manifestarán bajo la forma de carencia de productos, perturbaciones, crisis. Sin embargo, está claro que esas crisis serán tanto menos agudas y prolongadas en la medida en que la aplicación del plan sea más seria en todos los sectores de la economía estatal. Si bien la doctrina de los brentanistas (adeptos del economista alemán Ludwig Joseph Brentano) y de los bernstenianos era radicalmente falsa cuando afirmaba que el dominio de los trusts capitalistas regularizaría el mercado y desaparecerían las crisis comerciales-industriales, es totalmente justa si se la aplica al estado obrero considerado como trust de trusts y banco de bancos. Dicho de otro modo, el aumento o la disminución de las crisis será, en nuestra economía, el barómetro más evidente e infalible de los progresos de la economía estatal con relación al capital privado. En la lucha de la industria estatal por la conquista del mercado, el plan es nuestra arma fundamental. Sin él, la nacionalización se convertiría en un obstáculo para el desarrollo económico y el capital privado socavaría inevitablemente las bases del socialismo.

Por economía estatal, entendemos evidentemente, además de la industria, los transportes, el comercio estatal exterior e interior y las finanzas. Todo ese complejo (en su conjunto y en sus partes) se adapta al mercado campesino aislado en tanto que contribuyente. Pero esta adaptación tiene como objetivo principal reforzar y desarrollar *la industria estatal, piedra angular de la dictadura del proletariado y base del socialismo*. Es totalmente falsa la idea de que es posible desarrollar y llevar a cabo aisladamente y a la perfección ciertas partes de ese complejo: transportes, finanzas o cualquier otro. Sus progresos y sus regresiones están en estrecha interdependencia. De aquí la gran importancia del Gosplan, cuyo papel es tan difícil de hacer comprender en la actualidad.

El Gosplan debe dirigir todos los factores fundamentales de la economía estatal, lograr el acuerdo entre ellos y con la economía campesina. Su principal preocupación debe ser el desarrollo de la industria estatal socialista. Precisamente en ese sentido yo afirmo que en el seno del complejo estatal, la "dictadura" debe corresponderle no a las finanzas sino a la industria. Como ya indiqué, la palabra dictadura tiene aquí un sentido muy restringido y condicional: corresponde al tipo de dictadura que aspiraban a ejercer las finanzas. En otros términos, no solamente el comercio exterior sino también el restablecimiento de una moneda estable deben estar rigurosamente subordinados a

los intereses de la industria estatal. Es evidente que esto no está de ningún modo dirigido contra la “soldadura”, es decir, contra las relaciones racionales entre todo el complejo estatal y la economía campesina. Por el contrario, sólo de esta forma se llegará progresivamente a realizar esa “soldadura” que, hasta el momento, sólo es una palabra. Afirmar que al plantear así el problema, se subestima al campesinado o se quiere imprimir a la industria estatal un ritmo que no corresponde al estado de la economía nacional en su conjunto es un gran absurdo que no deviene más convincente por el hecho de ser repetido continuamente.

El siguiente párrafo de mi Informe al XII Congreso demuestra cuál era el ritmo que se esperaba de la industria en el próximo período y quiénes eran los que reclamaban ese ritmo:

“Yo dije que hasta ahora hemos trabajado con pérdidas. Esta no es sólo una apreciación personal sino una posición sostenida por nuestros administradores económicos mas autorizados. Les recomiendo leer el folleto de Chalatov *Sobre el salario* que ha sido publicado con ocasión de este congreso. Contiene un prefacio de Rykov en el cual su autor dice: “Al comienzo de este tercer año de nuestra nueva política económica, es preciso reconocer que los éxitos obtenidos durante los dos años precedentes son todavía insuficientes, que aún no hemos logrado detener la disminución del capital fijo y del capital circulante y que estamos lejos del estadio de acumulación y de aumento de las fuerzas productivas de la república. Durante este tercer año deberemos lograr que los principales sectores de nuestra industria y de nuestros transportes rindan beneficios.” De este modo, Rykov comprueba que durante este año nuestro capital fijo y nuestro capital circulante han continuado disminuyendo. “Durante este tercer año [dice], debemos lograr que los principales sectores de nuestra industria y de nuestros transportes rindan beneficios.” Apoyo este deseo de Rykov, pero no comparto su esperanza tan optimista en los resultados de nuestro trabajo durante este tercer año. No creo que los sectores fundamentales de nuestra industria ya puedan producir ganancias durante este tercer año y considero que *será suficiente si solamente limitamos nuestras pérdidas en este tercer año de la NEP en mayor medida de lo que lo hicimos en el segundo y si podemos probar que durante este tercer año nuestras pérdidas, en los sectores más importantes de la economía,*

los transportes, los combustibles y la metalurgia, son menores que el año anterior. Lo que interesa sobre todo es establecer la tendencia del desarrollo y desplazarse en la línea justa. Si nuestras pérdidas disminuyen y la industria progresa habremos triunfado, lograremos la victoria, es decir, la ganancia, pero para ello es preciso que la curva se desarrolle a nuestro favor.”

Así, es absurdo afirmar que el problema se reduce al *ritmo* del desarrollo y está casi totalmente determinado por el factor de la rapidez. En realidad, se trata ante todo de la *dirección* del desarrollo.

Pero es muy difícil discutir con personas que vinculan cada problema nuevo, preciso, concreto, a un problema más general ya resuelto hace tiempo. Es preciso que concretemos las fórmulas generales, y en este sentido va dirigida en gran parte nuestra discusión: debemos pasar de la fórmula general del establecimiento de la “soldadura” al problema más concreto de las “tijeras” (XII Congreso) y del problema de las “tijeras” a la regularización metódica y efectiva de los factores económicos que determinan los precios (XIII Congreso). Ésta es, para emplear la vieja terminología bolchevique, la lucha contra el “espontaneísmo” económico. El éxito de esta lucha ideológica es la condición *sine qua non* de los éxitos económicos.

La reparación del material ferroviario no era en 1920 parte constitutiva de un plan económico de conjunto pues en ese entonces el problema del plan no estaba en discusión. El incentivo que representa el plan fue aplicado al sector del transporte, es decir, a la rama de la economía que estaba en ese momento en mayor peligro y amenazaba con hundirse totalmente. “En las condiciones en que se encuentra ahora el conjunto de la economía soviética [escribíamos en las tesis destinadas al VIII Congreso de los Soviets] cuando la elaboración y la aplicación de un plan económico se hallan aún en la etapa del acuerdo empírico de los sectores más afines de ese futuro plan, era absolutamente imposible para la administración de los ferrocarriles realizar su plan de reparación y de explotación sobre la base de un plan económico único que sólo era en ese momento un proyecto”. Mejorados gracias al plan de reparación, los transportes entraron en contradicción en su desarrollo con el retraso de los otros sectores de la economía: industria metalúrgica, combustible, grano. En ese sentido, el plan 1.042 puso a la orden del día la cuestión de un plan económico general. La NEP modificó las condiciones en que se plantea este problema y, por consiguiente, los métodos de su solución. Pero el problema subsiste en toda su gravedad. Esto es lo que evidencian las repetidas

decisiones relativas a la necesidad de convertir al Gosplan en el estado mayor de la economía soviética. Pero volveremos a referirnos a este tema en detalle, pues las tareas económicas exigen un examen muy preciso.

Los hechos históricos que acabo de relatar demostraron, por lo menos así lo espero, que nuestros críticos se equivocaron al pretender rediscutir el decreto 1.042. La historia de esta orden prueba exactamente lo contrario de lo que ellos querían probar. Como ya conocemos sus métodos, no nos sorprenderemos si aparecen gritando: “¿Con qué objeto resucitar viejos problemas y expurgar

una orden publicada hace cuatro años?” Es terriblemente difícil satisfacer a personas que han resuelto modificar nuestra historia a cualquier precio. Pero éste no es el motivo por el que escribimos. Confiamos en el lector que no se interesa por una renovación de la historia sino que se esfuerza por descubrir la verdad y las lecciones que ella encierra y aprovecharlas para continuar su trabajo.

ANEXOS

I

EL NUEVO CURSO (Carta a una asamblea del partido)

Queridos camaradas:

Esperaba estar restablecido lo suficientemente rápido como para poder participar en la discusión de la situación interna y de las nuevas tareas del partido. Pero la duración de mi enfermedad superó las previsiones de los médicos, y por eso me veo obligado a exponerles mis opiniones por escrito.

La resolución del Buró Político sobre la organización del partido tiene una significación excepcional. Demuestra que el partido ha llegado a un importante giro en su historia. Como ya ha sido dicho en muchas asambleas, cuando se produce un giro es necesaria mucha prudencia, pero también firmeza y decisión. La expectativa, la imprecisión serían en esa ocasión las peores formas de imprudencia.

Llevados por su espíritu conservador a sobrestimar el papel del aparato dirigente y a subestimar la iniciativa del partido, algunos camaradas critican la resolución del Buró Político. El Comité Central, dicen, asume obligaciones imposibles; esa resolución sólo conseguirá engendrar ilusiones y sus resultados serán negativos. Este criterio evidencia una profunda desconfianza burocrática con respecto al partido. Hasta ahora, el centro de gravedad había estado erróneamente situado en el aparato; la resolución del Comité Central proclama

que en lo sucesivo debe residir en la actividad, la iniciativa, el espíritu de todos los miembros del partido, vanguardia organizada del proletariado. Dicha resolución no significa que el aparato del partido sea el encargado de decretar, crear o establecer el régimen democrático dentro del partido. Dicho régimen lo realizará el propio partido. En resumen, *el partido debe subordinar a sí mismo su propio aparato*, sin dejar de ser una organización centralizada.

En los debates y artículos producidos en la actualidad, se ha subrayado que la democracia “pura”, “total”, “ideal” es irrealizable y que, para nosotros, no es un fin en sí. Esta afirmación es incuestionable. Pero con igual razón se puede afirmar que el centralismo puro, absoluto, es irrealizable e incompatible con la naturaleza de un partido de masas y que no puede, al igual que el aparato del partido, representar un fin en sí. La democracia y el centralismo son dos aspectos de la organización del partido. Lo que hay que, hacer es lograr su armonización de la manera más justa, es decir que mejor corresponda a la situación. Durante el último período, el equilibrio fue roto a favor del aparato. La iniciativa del partido estaba reducida al mínimo. Esa es la causa de la ‘aparición de hábitos y procedimientos en la dirección que contradicen fundamentalmente el espíritu de la organización revolucionaria del proletariado. La excesiva

centralización del aparato a expensas de la iniciativa de todo el partido ha producido un *malestar* que en los sectores marginales del partido revistió una forma extremadamente mórbida y se tradujo, entre otros hechos, en la aparición de grupos ilegales dirigidos por elementos indudablemente hostiles al comunismo. Al mismo tiempo, el conjunto del partido desaprobaba cada vez más los métodos oficiales de la dirección. La idea o al menos el sentimiento de que el burocratismo amenazaba con sumir al partido en una situación sin salida se había generalizado. Muchas voces se alzaban para señalar el peligro. La resolución sobre la nueva orientación es la primera expresión oficial del cambio que se ha producido en el partido. La resolución será realizada en la medida en que el partido, es decir sus cuatrocientos mil miembros, quiera y sepa realizarla.

En una serie de artículos recientemente aparecidos, se trata de demostrar que para revitalizar el partido es preciso comenzar por elevar el nivel de sus miembros, después de lo cual todo el resto, es decir la democracia obrera, se dará por añadidura. Es indiscutible que debemos elevar el nivel ideológico de nuestro partido para que pueda realizar las gigantescas tareas que le competen, pero este método *pedagógico* es insuficiente y, por lo tanto, erróneo. Persistir en este sentido, significará provocar infaliblemente una agravación de la crisis.

El partido sólo puede elevar su nivel realizando sus tareas esenciales, es decir dirigiendo colectivamente (gracias al pensamiento y a la iniciativa de todos sus miembros) a la clase obrera y al estado proletario. Hay que abordar la cuestión no desde el punto de vista pedagógico sino desde el punto de vista *político*. No se puede supeditar la aplicación de la democracia obrera al grado en que los miembros del partido están “preparados” para esta democracia. El nuestro es un partido: podemos tener exigencias rigurosas con respecto a los que quieren entrar y permanecer en él; pero una vez que se es miembro de un partido, se tiene el derecho de participar, por ese solo hecho, en todas sus acciones.

El burocratismo anula la iniciativa e impide de ese modo el elevamiento del nivel general del partido. Ese es su defecto fundamental. Como el aparato está inevitablemente constituido por los camaradas más experimentados y meritorios, el burocratismo incide con mayor peligrosidad en la formación política de las jóvenes generaciones comunistas. Sin embargo, es la juventud, barómetro seguro del partido, la que reacciona con mayor fuerza contra el burocratismo de nuestra organización.

Pero no hay que pensar que nuestro modo de resolver los problemas (decididos prácticamente

sólo por los funcionarios del partido) no tiene ninguna influencia sobre la vieja generación, que encarna la experiencia política y las tradiciones revolucionarias del partido. Aquí también el peligro es grande. La inmensa autoridad del grupo de veteranos del partido es universalmente reconocida. Pero sería un gran error considerarla como *absoluta*. *Sólo por medio de una colaboración activa y constante con la nueva generación, en el marco de la democracia, la vieja guardia conservará su carácter de factor revolucionario*. En caso contrario, puede cristalizarse y convertirse insensiblemente en la expresión más acabada del burocratismo.

La historia nos ofrece más de un caso de degeneración de ese tipo. Tomemos el ejemplo más reciente y sorprendente: el de los jefes de los partidos de la II Internacional Wilhelm Liebknecht, Bebel, Singer, Víctor Adler, Kautsky, Bernstein, Lafargue, Guesde, eran los discípulos directos de Marx y Engels. Sin embargo, en la atmósfera del parlamentarismo y bajo la influencia del desarrollo automático del aparato del partido y del aparato sindical, esos jefes sufrieron, total o parcialmente, una involución oportunista. En vísperas de la guerra, el formidable aparato de la socialdemocracia, amparado detrás de la autoridad de la vieja generación, se convirtió en el freno más poderoso para la progresión revolucionaria. Y nosotros, los “viejos”, debemos reconocer claramente que nuestra generación, que desempeña naturalmente el papel dirigente en el partido, no estaría de ningún modo inmunizada contra el debilitamiento del espíritu revolucionario y proletario, si el partido tolerase el desarrollo de los métodos burocráticos que transforman a la juventud en objeto de educación y alejan inevitablemente al aparato de la masa, a los viejos de los jóvenes. Contra ese peligro indudable, no le queda al partido otro medio que orientarse hacia la democracia y posibilitar la afluencia cada vez mayor de elementos obreros.

No me referiré aquí a las definiciones jurídicas de la democracia ni a los límites que le son impuestos por los estatutos del partido. Aunque importantes, esos problemas son secundarios. Los examinaremos a la luz de nuestra experiencia y aportaremos las modificaciones necesarias. Pero lo que hay que modificar, ante todo, es el espíritu que impera en nuestras organizaciones. Es necesario que el partido propicie nuevamente la iniciativa colectiva, el derecho de crítica libre y fraternal, que tenga la facultad de organizarse a sí mismo. Es necesario regenerar y renovar el aparato del partido y hacerle entender que sólo es el ejecutor de la voluntad colectiva.

En estos últimos tiempos, la prensa del partido ha suministrado una serie de ejemplos característicos de la degeneración burocrática de las costumbres y de las relaciones en el partido. Un crítico se atrevía a levantar la voz, e inmediatamente se tomaba el número de su carné de afiliado. Antes de publicarse la decisión del Comité Central sobre el “nuevo curso”, el simple hecho de señalar la necesidad de una modificación del régimen interior del partido era considerado por los funcionarios del aparato como una herejía, una manifestación del espíritu de escisión, un atentado contra la disciplina. Y ahora los burócratas están dispuestos, en principio, a “tomar conocimiento” del “nuevo curso”, es decir a *enterrarlo en la práctica*. La renovación del aparato del partido (en el marco preciso del estatuto) debe tener como objetivo el reemplazo de los burócratas momificados por elementos vigorosos estrechamente vinculados a la vida de la colectividad. Y, ante todo, es preciso alejar de los puestos dirigentes a aquellos que, ante la primera palabra de protesta u objeción, levantan contra los críticos las amenazas de sanciones. El “nuevo curso” debe tener como primer resultado hacer sentir a todos que en lo sucesivo nadie se atreverá jamás a aterrorizar al partido.

Nuestra juventud no debe limitarse a repetir nuestras fórmulas. Debe conquistarlas, assimilarlas, formarse una opinión, una fisonomía propias y ser capaz de luchar por sus objetivos con el coraje que dan una convicción profunda y una total independencia de carácter. ¡Fuera del partido la obediencia pasiva que hace seguir mecánicamente las huellas de los jefes! ¡Fuera del partido la impersonalidad, el servilismo, el carrerismo! El bolchevique no es solamente un hombre disciplinado; es un hombre que, en cada caso y para cada problema, se forja una opinión firme y la defiende valerosamente no sólo contra sus enemigos sino en el seno de su propio partido. Quizás constituye hoy una minoría en su organización. Entonces se someterá, porque se trata de su partido. Pero esto no significa siempre que esté equivocado. Quizá vio o comprendió antes que el resto el nuevo camino o la necesidad de un giro. Planteará el problema una segunda, una tercera, una décima vez si es necesario. Con ello hará un servicio a su partido, familiarizándolo con el nuevo camino o ayudándolo a realizar el giro necesario sin convulsiones internas.

Nuestro partido no podría cumplir su misión histórica si se dividiese en fracciones. No se disgregará de ese modo porque, en tanto que colectividad autónoma, su organismo se opone a ello. Pero sólo combatirá con éxito los peligros de fraccionalismo desarrollando y consolidando en su seno la aplicación de la democracia obrera. *El burocratismo del aparato es precisamente una de*

las principales fuentes del fraccionalismo. Reprime despiadadamente la crítica y el descontento dentro de la organización. Para los burócratas, toda crítica, toda advertencia es casi fatalmente una manifestación del espíritu fraccional. El centralismo mecánico tiene como complemento obligado el fraccionalismo, caricatura de la democracia y gran peligro político.

Consciente de la situación, el partido realizará la evolución necesaria con la firmeza y la decisión exigidas por las tareas con que se enfrenta. Así, afianzará su unidad revolucionaria, que le permitirá realizar correctamente el inmenso trabajo que le está reservado en el plano nacional e internacional.

Estoy muy lejos de haber agotado el tema. He renunciado intencionadamente a tratar aquí otros aspectos esenciales, pues me propongo exponérselos oralmente cuando mi salud me lo permita, cosa que, espero, ocurrirá pronto.

Saludos fraternales.

León Trotsky

8 de diciembre de 1923

(Publicada en Pravda el 11 de diciembre)

PS: Como la publicación en *Pravda* de esta carta se ha retrasado dos días, aprovecho la demora para agregar algunas observaciones complementarias.

Me he enterado que cuando mi carta fue leída en las asambleas de barrio, algunos camaradas expresaron sus temores de que se explotaban mis consideraciones sobre las relaciones entre la “vieja guardia” y la joven generación para oponer (!) a los jóvenes y los viejos. Seguramente esta aprensión sólo puede provenir de aquellos que, hace sólo dos o tres meses atrás, rechazaban con horror hasta la idea de la necesidad de un cambio de orientación.

En todo caso, colocar en primer plano aprensiones de este tipo, *en el momento y en la situación actuales*, evidencia un desconocimiento de los peligros reales y de su importancia relativa. El actual estado de ánimo de los jóvenes, extremadamente sintomático, ha estado provocado precisamente por los métodos empleados para mantener la “calma” y cuya condena formal fue la resolución adoptada *por unanimidad* por el Buró Político. En otros términos, la “calma”, tal como era comprendida, amenazaba con alejar cada vez más a la fracción dirigente de los comunistas más jóvenes, es decir de la inmensa mayoría del partido.

Una cierta tendencia del aparato a pensar y decidir por toda la organización conduce a basar la autoridad de los medios dirigentes *únicamente* en la tradición. El respeto por la tradición es

indiscutiblemente un elemento necesario de la formación comunista y de la cohesión del partido, pero no puede ser un factor vital si no se nutre y fortifica constantemente con un control activo de esa tradición, es decir con la elaboración colectiva de la política del partido *en el momento presente*. En caso contrario, puede degenerar en un sentimiento puramente oficial, no ser más que *una forma sin contenido*. Ese tipo de vinculación entre las generaciones es evidentemente insuficiente y muy frágil. Puede parecer sólido, hasta el momento en que se advierte que está a punto de romperse. Ese es precisamente el peligro de la política de “calma” en el partido.

Y, si los veteranos que aún no están burocratizados, que han conservado el espíritu revolucionario (es decir, y estamos persuadidos de ello, la inmensa mayoría), se dan cuenta claramente del peligro que hemos señalado y ayudan con todas sus fuerzas al partido a aplicar la resolución del Buró Político del Comité Central, toda razón para oponer a las generaciones entre sí desaparecerá. Será entonces relativamente sencillo controlar la fogosidad, los eventuales “excesos” de los jóvenes. Pero ante todo es preciso actuar de manera que la tradición del partido deje de ser representada por el aparato dirigente sino que, por el contrario, viva y se renueve constantemente en la experiencia cotidiana de toda la organización. De este modo se evitará también otro peligro: el de la división de la vieja generación en “funcionarios”, encargados de mantener la “calma”, y en no-funcionarios. Al ya no estar cerrado en sí mismo, el aparato del partido, es decir su esqueleto orgánico, en lugar de debilitarse se reforzará. Y es indudable que en el partido tenemos necesidad de un fuerte aparato centralizado.

Se podrá quizás objetar que el ejemplo de degeneración de la socialdemocracia en la época reformista, que he citado en mi carta, no tiene mucho valor en la actual época revolucionaria. Evidentemente, el ejemplo no implica una identidad de condiciones. Sin embargo, el carácter revolucionario de nuestra época no constituye en sí mismo una garantía. Vivimos ahora bajo el régimen

de la NEP, cuyos riesgos aumentan con el retraso de la revolución mundial. Nuestra actividad práctica cotidiana de gestión del estado, actividad cada vez más delimitada y especializada, oculta, como lo indica la resolución del Comité Central, un peligro de estrechamiento de nuestro horizonte, es decir, un peligro de degeneración oportunista. Es evidente que este peligro aumenta en la medida en que las órdenes de los “secretarios” tienden a sustituir la verdadera dirección del partido. Seríamos revolucionarios bastante míseros si descansáramos en el “carácter revolucionario de nuestra época” en lugar de superar nuestras dificultades, particularmente las internas. A esta época debemos ayudarla mediante la realización racional de la nueva orientación proclamada unánimemente por el Buró Político.

Otra observación, para terminar. Hace dos o tres meses, cuando los problemas que hoy son objeto de discusión no estaban todavía a la orden del día en el partido, algunos militantes de provincia se encogían de hombros indulgentemente diciendo que en Moscú se estaba buscando el pelo en la leche, que en provincias todo marchaba mejor. Todavía hoy ese estado de ánimo se refleja en ciertas cartas de provincia. Oponer la provincia, tranquila y razonable, a la capital perturbada y contaminada, significa dar pruebas del mismo espíritu burocrático del que ya hemos hablado. En realidad, la organización moscovita es la más vasta, fuerte y vital de las organizaciones del partido. Incluso en los momentos de “calma” la actividad ha sido aquí más intensa que en otras partes. Si Moscú se distingue ahora de los otros puntos de Rusia, es sólo porque ha tomado la iniciativa de una revisión de la orientación del partido, lo que constituye un mérito y no una culpa. Todo el partido seguirá su camino y procederá a la necesaria revisión de ciertos valores. Cuanto menos se oponga el aparato provincial del partido a este movimiento, más fácilmente superarán las organizaciones locales esta etapa inevitable de autocrítica fructífera, cuyos resultados se traducirán en el aumento de la cohesión y en la elevación del nivel ideológico del partido.

II

EL FUNCIONARISMO EN EL EJÉRCITO Y EN OTRAS PARTES

1

Durante el último año, los compañeros que trabajan en el ejército y yo, en varias oportunidades hemos intercambiado opiniones, en forma oral y escrita, sobre los fenómenos negativos que se evidencian en el ejército y que están relacionados con el funcionarismo. Yo traté este problema bastante a

fondo en el último congreso de los colaboradores políticos del ejército y de la marina. Pero se trata de un problema tan grave que me parece oportuno volver a referirme a él en la gran prensa, con mayor razón si se tiene en cuenta que la enfermedad no afecta solamente al ejército.

El funcionarismo está estrechamente vinculado con el burocratismo. Se podría decir que no es sino una de sus manifestaciones. Cuando, a fuerza de estar habituados a la misma forma, la personas dejan de pensar en el fondo, cuando emplean con suficiencia frases convencionales sin pensar en su sentido, cuando dan órdenes habituales sin preguntarse si son racionales, cuando temen toda palabra nueva, toda crítica, toda iniciativa, toda manifestación de independencia, quiere decir que esas personas han caído bajo la influencia del espíritu de funcionario, peligroso en extremo.

En la conferencia de los colaboradores políticos militares, cité como ejemplo de la ideología oficial vigente algunos de los resúmenes de historia de nuestras unidades militares. La publicación de esos folletos referidos a la historia de nuestros ejércitos, de nuestras divisiones, de nuestros regimientos es en sí un hecho muy positivo. Demuestra que nuestras unidades militares se constituyeron, en las batallas y en el aprendizaje técnico, no solamente desde el punto de vista organizativo sino también desde el punto de vista moral, como organismos vivos. Son, además, una prueba del interés por el pasado de nuestra unidad. Pero es preciso reconocer que la mayor parte de estos resúmenes de historia están escritos con un tono pomposo y enfático.

Además, algunos de esos opúsculos recuerdan engañosamente las monografías aparecidas hace mucho tiempo consagradas a los regimientos de la guardia del zar. No dudo que esta comparación provocará las burlas de la prensa blanca. Pero seríamos impotentes si renunciáramos a la autocrítica por temor a proporcionar una buena carta a nuestros enemigos. Las ventajas de una autocrítica saludable son incomparablemente superiores al perjuicio que puede ocasionar el hecho de que Dan o Tchernov utilicen nuestros argumentos.

Por cierto que nuestros regimientos y nuestras divisiones, y con ellos todo el país, tienen el derecho de enorgullecerse de sus victorias. Pero no hemos obtenido sólo victorias y esas victorias las hemos logrado no directamente sino a través de caminos muy sinuosos. Durante la guerra civil, hemos asistido a manifestaciones de heroísmo sin precedentes, tanto más meritorias por ser poco conocidas; pero también hemos visto casos de debilidad, de pánico, de pusilanimidad, de incapacidad y hasta de traición. La historia de cada uno de nuestros “viejos” regimientos (cuatro o cinco años constituyen, en tiempos de revolución, un título de ancianidad) es muy interesante e instructiva si se la cuenta conforme a la verdad, de manera vívida, es decir, tal como se desarrolló en el campo de batalla y en la trinchera. En su lugar, uno se encuentra frecuentemente con una leyenda

heroica, venalmente oficial. Al leerla, se creería que en nuestras filas sólo hay héroes, que todos los soldados arden en deseos de combatir, que el enemigo siempre es superior en número, que todas nuestras órdenes son razonables, apropiadas para la situación, que su ejecución siempre es brillante, etcétera.

Crear que con semejantes procedimientos se puede elevar la moral de una unidad militar y se puede influir beneficiosamente en la formación de la juventud significa estar imbuido del espíritu de funcionario. En el mejor de los casos, esta “historia” no producirá ninguna impresión; el soldado rojo la leerá o la escuchará como su padre escuchaba *La vida de los santos*. Eso es magnífico, edificante se dirá, pero no es real. Los que son más viejos y han participado en la guerra civil o simplemente son más inteligentes se dirán los militares también nos engañan. O, más directamente: se burlan de nosotros. Los más ingenuos, los que toman todo al pie de la letra, pensarán: es inútil que trate de elevarme a la altura de esos héroes, soy totalmente incapaz. Y de ese modo, en lugar de elevarles la moral, esta “historia” les deprimirá⁵.

La verdad histórica no tiene para nosotros un interés solamente histórico. Esas monografías nos son necesarias en primer lugar como medio educativo. Si, por ejemplo, un joven comandante se habitúa a la mentira convencional a propósito del pasado, llegará rápidamente a admitirla en su acción práctica corriente. Si, por ejemplo, comete en el frente una equivocación, un descuido, no sabrá si mencionarlo en su informe. Sabe que debería hacerlo, pero, imbuido del espíritu de funcionario, no querrá ser indigno de los héroes cuyas hazañas ha leído en las historias de su regimiento. O, simplemente, su sentido de responsabilidad se habrá debilitado. En ese caso, acomodará, es decir desvirtuará los hechos, induciendo a error a sus superiores. Es evidente que los informes falsos de los inferiores provocan fatalmente órdenes y disposiciones erróneas por parte de los superiores. Pero el hecho más grave es cuando el comandante simplemente teme relatar la verdad a sus jefes. El funcionarismo reviste entonces su carácter más repugnante: se miente para complacer a los superiores.

⁵ Es cierto que los fabricantes de las mentiras “edificantes” no están sólo en el ejército; se los encuentra en todas partes. La crítica y la autocrítica, según ellos, son un “ácido que corroe la voluntad”. El pequeño burgués, como se sabe, tiene necesidad de consuelo por sus desgracias y no tolera la crítica. Pero no puede ocurrir lo mismo entre nosotros, que somos un ejército y un partido revolucionarios. Semejante estado de ánimo debe ser combatido vigorosamente entre nuestra juventud.

El heroísmo supremo, tanto en el arte militar como en la revolución, es la sinceridad y el sentido de la responsabilidad. No la sinceridad desde el punto de vista de una moral abstracta que enseña al hombre que no debe mentir ni engañar a su prójimo, pues esos principios idealistas son pura hipocresía en una sociedad de clases donde existen antagonismos de intereses, luchas y una guerra permanente. El arte militar en particular implica necesariamente la astucia, la disimulación, la sorpresa, el engaño.

2

¿Por qué tratamos ahora el problema del funcionarismo? ¿Ese problema no se planteaba en los primeros años de la revolución? Aquí nos referimos sobre todo al ejército, pero el propio lector establecerá las analogías correspondientes con los otros sectores de nuestro trabajo, pues existe un cierto paralelismo en el desarrollo de la clase obrera, ya se trate de su ejército, de su partido o de su estado.

Los nuevos cuadros de nuestro ejército han sido constituidos en parte por revolucionarios, militantes combativos, partisanos que habían hecho la revolución de octubre y que ya tenían un cierto pasado y un carácter formado. La característica de esos comandantes no es la falta de iniciativa sino más bien el exceso de iniciativa o, más exactamente, una comprensión insuficiente de la necesidad de la coordinación en la acción y de una disciplina férrea. El primer período de la organización militar está cubierto por la lucha contra todas las formas de iniciativa desordenada. Se trata entonces de establecer relaciones permanentes y racionales entre los diferentes sectores del ejército, de instituir una disciplina sólida. Los años de guerra civil fueron en ese sentido una ruda escuela. Finalmente, el equilibrio necesario entre la independencia personal y el sentido de disciplina se impuso en los mejores comandantes revolucionarios de la primera promoción.

El desarrollo de nuestros jóvenes cuadros del ejército se realiza de forma correcta aunque sea en período de tregua. El futuro comandante entra a la Escuela militar muy joven. No tiene ni pasado revolucionario ni experiencia de la guerra. Es un neófito. No construye el ejército rojo como lo hacía la vieja generación; entra en él como en una organización ya totalmente organizada, con un régimen interno y determinadas tradiciones. Aquí hay una analogía con las relaciones entre los jóvenes comunistas y la vieja guardia del partido.

Por eso el medio por el cual la tradición combativa del ejército o la tradición revolucionaria del partido se transmiten a los jóvenes tiene tanta importancia. Sin una filiación continuada, y por lo tanto sin la

Pero engañar consciente e intencionalmente a su enemigo en nombre de una causa por la que se da la vida no es la misma cosa que dar informaciones falsamente optimistas y que entorpecen el triunfo de la causa por falsa vergüenza o por deseos de agradar, o simplemente para adaptarse a los procedimientos burocráticos en vigor.

tradición, no puede haber progresión continua. Pero la tradición no es un canon rígido o un manual oficial; no se puede aprenderlo de memoria, aceptarlo como un evangelio, creer todo lo que dice la vieja generación porque ella lo dice. Por el contrario, es preciso conquistar de alguna manera la tradición por medio de un trabajo interno, elaborarla uno mismo de manera crítica y asimilarla. Si no, todo el edificio será construido sobre la arena. Ya me referí a los representantes de la “vieja guardia” (ordinariamente de segundo y de tercer orden) que inculcan la tradición a los jóvenes a la manera de Famosov: “Instruíos observando a los viejos, a nosotros, por ejemplo, o al tío difunto...” Pero ni en el tío ni en sus sobrinos hay nada bueno que aprender.

Es indiscutible que nuestros viejos cuadros, que prestaron a la revolución servicios inmortales, gocen de gran autoridad ante los ojos de los jóvenes militares. Y eso está muy bien, pues asegura el vínculo indisoluble entre el mando superior y el mando inferior y su unión con la masa de soldados. Pero con una condición: que la autoridad de los viejos no anule la personalidad de los jóvenes y, con mayor razón, no les infunda terror.

Es en el ejército donde es más fácil y más tentador adoptar este principio: “Cállese, no razone”. Pero ese principio es también más funesto allí que en otra parte. La tarea fundamental consiste no en impedir sino en ayudar al joven comandante a elaborar su propia opinión, su propia voluntad, su personalidad, en la cual la independencia debe aliarse con el sentido de la disciplina. El comandante y, en general, el hombre destinado a complacer a sus superiores es una nulidad. Con esas nulidades, el aparato administrativo militar, es decir el conjunto de las oficinas militares, puede todavía funcionar con éxito, al menos aparentemente. Pero lo que necesita un ejército, organización combativa de masas, no son funcionarios aduladores sino hombres muy templados moralmente, poseedores de un gran sentido de responsabilidad personal que, ante cada problema importante, se impondrán la elaboración consciente de su opinión personal y la defenderán valerosamente por todos, los medios compatibles

con la disciplina racionalmente comprendida (es decir, no burocráticamente) y con la unidad de acción.

La historia del ejército rojo, así como la de sus diferentes unidades, es uno de los mejores instrumentos de comprensión recíproca y de unión entre la vieja y la nueva generación de cuadro militares. Es por ello que la bastedad burocrática y la sumisión de principio no pueden ser admitidas. Es preciso desarrollar la crítica, la verificación de

los hechos, la independencia de criterio, una comprensión personal del presente y del futuro, la independencia de carácter, el sentido de responsabilidad, la lucidez tanto para consigo mismo como para con lo que se hace. El funcionarismo es enemigo mortal de todas estas cosas. Alejémoslo, pues, de todas partes donde aparezca.

Pravda, 4 de diciembre de 1923

III

LA SOLDADURA ENTRE LA CIUDAD Y EL CAMPO (... y sobre rumores falaces)

En varias oportunidades durante estos últimos años, muchos camaradas me preguntaron en qué consisten exactamente mis opiniones sobre el campesinado y en qué se distinguen de las de Lenin. Otros me plantearon el problema en forma más precisa y concreta: “¿es cierto, me dijeron, que usted subestima el papel del campesinado en nuestro desarrollo económico y no asigna una importancia suficiente a la alianza económica y política entre el proletariado y el campesinado?” Esas preguntas me fueron planteadas de forma oral y escrita.

-¿Pero de dónde ha sacado usted eso? -pregunté asombrado- ¿En qué hechos funda su preguntas?

-No conocemos hechos -se me responde-, pero corren rumores...

No di en un primer momento demasiada importancia a esa conversación. Pero una nueva carta que acabo de recibir me ha hecho reflexionar. ¿De dónde pueden provenir esos rumores? Y casualmente recordé que rumores semejantes corrían en Rusia hace cuatro o cinco años.

En ese entonces se decía simplemente: “Lenin está con el campesinado, Trotsky en contra...” Me dediqué a buscar los artículos aparecidos sobre esta cuestión: el mío, del 7 de febrero de 1919 en *Izvestia* y el de Lenin, del 15 de febrero en *Pravda*. Lenin respondía directamente a la carta del campesino Gulov, que decía: “Corren rumores de que Lenin y Trotsky no se ponen de acuerdo, que existen entre ellos grandes divergencias con respecto precisamente al campesino medio.”

En mi carta, yo explicaba el carácter general de nuestra política campesina, nuestra actitud con respecto a los kulaks, los campesinos medios, los campesinos pobres, y concluía así:

“No ha habido ni hay ninguna divergencia de opiniones sobre este tema en el poder soviético. Pero los contrarrevolucionarios, cuyos asuntos van cada vez peor, no tienen otro recurso que engañar a las masas trabajadoras y hacerles creer que el Consejo de Comisarios del Pueblo está desgarrado por desacuerdos internos.”

En el artículo que publicó una semana después de mi carta, Lenin decía:

“Trotsky declara que los rumores que corren sobre divergencias de opiniones entre él y yo (en el problema del campesinado) son la mentira más monstruosa y desvergonzada difundida por los grandes terratenientes, los capitalistas y sus acólitos, benévolos o no. Comparto totalmente esa declaración de Trotsky.”

Pero como se ve, esas leyendas son difíciles de combatir. Recuérdese el dicho francés: “Calumniad, calumniad, que siempre algo quedará”. Ahora, ya no son por cierto voces que hacen el juego a los terratenientes y a los capitalistas, pues el número de esas honorables personas ha disminuido considerablemente desde 1919. En cambio, tenemos ahora al nepman y, en el campo, al comerciante junto al kulak. Es evidente que tienen interés en sembrar discordia y confusión a propósito de la actitud del partido comunista con respecto al campesinado.

En efecto, el kulak, el revendedor, el nuevo mercader, el intermediario de la ciudad, que tratan de vincularse directamente con el campesino productor de trigo y comprador de productos industriales, se esfuerzan por excluir a los órganos del poder soviético. Precisamente en este terreno se libra actualmente la batalla principal. Aquí también la política sirve a los intereses económicos. Tratando de vincularse con el campesinado y de

ganar su confianza, el intermediario privado acoge de buen grado y difunde las viejas mentiras de los señores terratenientes de otros tiempos, con un poco más de prudencia solamente porque desde entonces el poder soviético se fortaleció.

El célebre artículo de Lenin titulado *Más vale poco y bueno* ofrece un cuadro claro, simple y a la vez definitivo de la interdependencia económica del proletariado y del campesinado, o de la industria estatal y la agricultura. Es inútil recordar o citar este artículo que todo el mundo tiene presente en su memoria. El pensamiento fundamental es el siguiente: durante los próximos años, debemos adaptar el Estado soviético a las necesidades y a la fuerza del campesinado y continuar manteniendo su carácter de estado obrero; debemos adaptar la industria soviética al mercado campesino por una parte, y a la capacidad imponible del campesinado por la otra, conservando su carácter de industria estatal, es decir, socialista. Solamente de esta manera mantendremos el equilibrio de nuestro estado soviético mientras la revolución destruya el equilibrio en los países capitalistas. No es la repetición mecánica de la palabra “soldadura” sino *la adaptación efectiva de la industria a la economía rural* lo que resolverá verdaderamente el problema capital de nuestra economía y de nuestra política.

Llegamos así al problema de las “tijeras”. La adaptación de la industria al mercado campesino nos impone en primer término la tarea de bajar lo más posible el precio de reventa de los productos industriales. Sin embargo, el precio de reventa depende no solamente de la organización del trabajo en una fábrica dada sino también de la organización de toda la industria estatal, de los transportes, de las finanzas, de todo el aparato comercial del estado.

Si existe una desproporción entre las diferentes partes de nuestra industria es porque el estado tiene un enorme capital muerto que pesa sobre toda la industria y aumenta el precio de cada metro de tela, de cada caja de fósforos. Si los diferentes sectores de nuestra industria estatal (carbón, metales, máquinas, algodón, tejidos, etc.) no concuerdan con los otros así como con las organizaciones de transporte y crédito, los gastos de producción serán establecidos sobre las bases de los sectores más desarrollados de la industria y el resultado final estará determinado por los sectores más atrasados. La actual crisis económica es una dura advertencia que nos lanza el mercado campesino: en lugar de charlar sobre la “soldadura” entre la clase obrera y el campesinado hay que realizarla.

En un régimen capitalista, la crisis es el medio natural y, finalmente, único, de regularización de la

economía, es decir de realización del acuerdo entre los diferentes sectores de la industria y entre la producción total y la capacidad del mercado. Pero en nuestra economía soviética (que es una etapa intermedia entre el capitalismo y el socialismo) las crisis comerciales e industriales no pueden ser consideradas como un medio normal o inevitable, para coordinar los diversos sectores de la economía nacional. La crisis arrastra, anula o dispersa una cierta parte de la propiedad estatal; y una porción de ésta cae en manos del intermediario, del revendedor, en una palabra, del capital privado. Como hemos heredado una industria extremadamente desorganizada y cuyas partes, antes de la guerra, se coordinaban en proporciones muy diferentes de las que existen ahora, es muy grande la dificultad de coordinar entre sí a los numerosos sectores de la industria de manera que esta última sea, por intermedio del mercado, adaptada a la economía campesina. Si nos remitimos únicamente a las crisis para efectuar la reorganización necesaria, daríamos todas las ventajas al capital privado que ya se interpone entre el campo y nosotros, es decir entre el campesino y el obrero.

Hasta la instauración definitiva de la economía socialista, es evidente que seguiremos teniendo crisis. De lo que se trata es de reducir su número al mínimo y hacer que cada una de ellas sea lo menos dolorosa posible.

El capital comercial privado obtiene ahora beneficios considerables. Se conforma cada vez menos con las operaciones de intermediario. Intenta organizar al productor o tomar en arrendamiento las empresas industriales del estado. En otros términos, recomienza el proceso de acumulación primitiva, primeramente en el sector comercial, luego en el industrial. Es evidente que cada fracaso, cada pérdida que experimentamos representa un beneficio para el capital privado, en primer lugar porque nos debilita y además porque una parte de esa pérdida cae en manos del nuevo capitalista. ¿De qué instrumento disponemos para luchar exitosamente contra el capital privado en esas condiciones? ¿Existe ese instrumento? Sí, y ese instrumento es el método de planificación en nuestras relaciones con el mercado y la realización de las tareas económicas. El estado obrero posee las fuerzas productivas fundamentales de la industria, los medios de transporte y los organismos de crédito. No tenemos necesidad de esperar que una crisis parcial o general ponga en evidencia la falta de coordinación de los diferentes elementos de nuestra economía. No podemos caminar a tientas, ya que tenemos en nuestras manos los principales instrumentos que regulan el mercado. Podemos y debemos valorar cada vez más los elementos fundamentales de la economía, prever sus futuras

relaciones mutuas en el proceso de la producción y en el paso al mercado, coordinar entre sí, cuantitativa y cualitativamente, todos los sectores de la economía y adaptar el conjunto de la industria a la economía rural. Esa es la única manera de trabajar en la realización de la “soldadura”.

Educar a la aldea es una idea excelente. Pero el arado, las telas, los fósforos baratos, no son menos importantes como base de la “soldadura”. El mejor modo de rebajar el precio de los productos industriales es organizar a esta última conforme al desarrollo de la agricultura.

Afirmar que “todo depende de la ‘soldadura’ y no del plan de la industria” significa no comprender la esencia misma del problema, pues la “soldadura” sólo podrá ser realizada si la industria es racionalmente organizada, dirigida según una planificación determinada. Ese es el único medio de lograr los objetivos.

La buena organización del trabajo de nuestro Gosplan es el medio directo y racional de abordar con éxito la solución de los problemas relativos a la “soldadura”, no suprimiendo el mercado, sino sobre la base del mercado. Para evitar interpretaciones equívocas, diré que el problema no depende únicamente del Gosplan. Los factores y las condiciones de los cuales depende el desarrollo de la industria y de toda la economía se cuentan por docenas. Pero sólo con un Gosplan sólido, competente, que trabaje seriamente, será posible evaluar todos estos factores y condiciones de manera justa y regular en consecuencia toda nuestra acción. El campesino aún no llega a comprender esto. Pero todo comunista, todo obrero evolucionado debe saberlo. Tarde o temprano, el campesino sentirá la repercusión del trabajo del Gosplan sobre su economía. Esta tarea evidentemente es muy complicada y difícil. Exige tiempo, un sistema de relevos cada vez más precisos y decisivos. Debemos salir de la crisis actual con mayor experiencia.

El incremento de la producción agrícola también es muy importante. Pero se efectúa de un modo mucho más espontáneo y a veces depende mucho menos de la acción del estado que de la acción de la industria. El estado obrero debe acudir en ayuda de los campesinos con la institución del crédito agrícola y de la ayuda agronómica, para permitirle la exportación de sus productos (trigo, manteca, carne, etc.) en el mercado mundial. Sin embargo, es principalmente por medio de la industria como se puede actuar directamente, y también indirectamente, sobre la agricultura. Es preciso proporcionar al campo instrumentos y máquinas

agrícolas a precios razonables. Es preciso facilitarle abonos artificiales y enseres de uso doméstico a buen precio. Para organizar y desarrollar el crédito agrícola, el estado necesita fondos de circulación monetaria. Para que pueda obtenerlos, es preciso que su industria le rinda beneficios, lo que es imposible si sus partes constitutivas no están coordinadas racionalmente. Tal es la mejor forma de trabajar para la realización de la “soldadura” entre la clase obrera y el campesinado.

Para preparar políticamente esta “soldadura”, y en particular para rebatir los falsos rumores que hace circular el aparato comercial privado, hace falta un verdadero periódico campesino. ¿Qué significa en este caso “verdadero”? Un diario que llegue hasta el campesino, que le sea comprensible y que lo vincule con la clase obrera. Un diario que tire cincuenta o cien mil ejemplares quizás sea un diario donde se habla del campesinado, pero no un periódico campesino, pues nunca llegará hasta su destinatario, será interceptado en mitad del camino por nuestros innumerables aparatos que tomarán cada uno un cierto número de ejemplares. Hace falta un periódico campesino semanal (un diario sería demasiado caro y nuestros medios de comunicación no permitirían su entrega regular) cuyo tiraje el primer año sea de dos millones de ejemplares aproximadamente. Ese diario no debe instruir al campesino ni lanzarle arengas sino contarle lo que sucede en la Rusia soviética y en el extranjero, principalmente los problemas que le atañen directamente. El campesino posrevolucionario gustará rápidamente de la lectura si sabemos ofrecerle un periódico que le interese. Ese periódico, cuyo tiraje deberá aumentar todos los meses, asegurará al menos una comunicación semanal entre el estado soviético y la inmensa masa rural. Pero este problema del diario nos remite al problema de la industria. Es preciso que la técnica de la edición sea perfecta. El periódico campesino deberá ser ejemplar, no solamente desde el punto de vista de la redacción sino también desde el punto de vista tipográfico, pues sería vergonzoso enviar cada semana a los campesinos muestras de nuestra negligencia urbana.

Esto es todo lo que puedo responder por el momento a las preguntas que se me han hecho con respecto al problema del campesinado. Si esas explicaciones no satisfacen a los camaradas que se han dirigido a mí, estoy dispuesto a darles noticias más concretas, con datos precisos extraídos de la experiencia de nuestros seis últimos años de trabajo, pues éste es un problema de importancia capital.

Pravda, 6 de diciembre de 1923

DOS GENERACIONES

Publicamos este documento que nos ha sido enviado y que caracteriza la falta de fundamento y la intencionada malevolencia de las afirmaciones sobre nuestro supuesto deseo de oponer los jóvenes a los viejos.

Las esferas dirigentes de la Juventud Comunista Rusa han intervenido en la discusión del partido. Considerando que un artículo firmado por nueve camaradas (*Dos generaciones*, en *Pravda*, número 1) y una directiva de los militantes de Petrogrado plantean la cuestión de manera errónea y pueden confundir al partido si de ello deriva una amplia discusión en la juventud comunista, creemos necesario analizar sus declaraciones y las razones que las motivan.

La directiva de Petrogrado y el artículo de los nueve dicen que no es justo adular a los jóvenes, que éstos no son los que controlan el partido, que no se debe oponer la nueva generación del partido a la vieja, que ninguna degeneración nos amenaza, que Trotsky es responsable de todos estos gravísimos cargos y que es preciso poner en guardia a la juventud al respecto. Veamos cómo están las cosas realmente.

En su artículo, los nueve camaradas dicen que Trotsky coge por los pelos la cuestión de los jóvenes (luego volveremos sobre esto), que él se adapta a los jóvenes, los adula. Escuchemos lo que dice Lenin al respecto:

“Han sido fundadas escuelas soviéticas, facultades obreras, allí se instruyen centenares de jóvenes. Este trabajo arrojará sus frutos. Si trabajamos sin demasiada precipitación, dentro de algunos años tendremos una masa de jóvenes *capaces de modificar radicalmente* nuestro aparato.”

¿Por qué Lenin habla de este modo de los jóvenes? ¿Qué lo impulsa a decir estas cosas? ¿El deseo de adaptarse negligentemente a los jóvenes, de adularlos, de obtener sus aplausos, o una comprensión real de la situación y del papel a cumplir por los jóvenes? No se trata de “adulación” por parte de Trotsky, y no existe razón alguna para oponerle a los otros jefes de nuestro partido. Los nueve camaradas dicen que Lenin nos ha enseñado a tener una actitud crítica frente a los jóvenes, a no estimular sus errores. El camarada Trotsky asume la misma actitud cuando en el XI Congreso del partido decía, y lo repite hoy, “... esto no significa, por cierto, que todos los actos y los estados de ánimo de los jóvenes expresan tendencias sanas”, o en otro párrafo: “La juventud de las escuelas, reclutada en todos los estratos y substratos de la

sociedad soviética, refleja en su variada composición todos nuestros errores y todos nuestros méritos.” A juzgar por las citas, Trotsky, antes que adular a los jóvenes, los crítica.

Igualmente, la cuestión de la degeneración ha sido expuesta de forma errónea. Trotsky habla del peligro de degeneración, tanto para la vieja como para la nueva generación. A esto, la redacción de *Pravda* responde del siguiente modo:

“El peligro teórico de degeneración existe entre nosotros. Surge de la posibilidad de una victoria gradual de la economía capitalista sobre la economía socialista y de una progresiva soldadura entre nuestros cuadros administrativos y esta nueva burguesía. Pero nadie niega la existencia de este peligro.”

Sin embargo, lo que dicen en su artículo los nueve camaradas: “Este peligro de degeneración política no existe entre nosotros”, no concuerda en modo alguno con esta declaración. En consecuencia, acusación y defensa no cuentan. Pasemos a la acusación más grave: Trotsky opone dos generaciones, las enfrenta entre sí, “quiere minar la influencia del probado Estado Mayor bolchevique”. He aquí lo que escribe Trotsky:

“Pretender desechar a la vieja generación sería una locura. Lo que es preciso es que esta vieja generación cambie de orientación y así pueda ejercer en el futuro una influencia preponderante sobre toda la actividad autónoma del partido.”

¿Hay aquí alguna oposición entre jóvenes y viejos, algún deseo de minar los viejos cuadros? ¿Son éstos los conceptos que están en la base de la argumentación de los dos documentos? Nos parece que si se analizan seria y cuidadosamente todas las declaraciones citadas de Trotsky, es imposible ver en ellas cualquier azuzamiento de una de las partes, una intención de animosidad. Por el contrario, Trotsky concibe al nuevo curso como el mejor medio para consolidar y acrecentar la influencia de los viejos cuadros bolcheviques.

Pero si se rechazan todas estas leyendas, estas interpretaciones arbitrarias y estas deformaciones, y si se estudia a fondo la cuestión de los métodos de educación de los jóvenes comunistas en el espíritu

leninista, aparece claramente que Trotsky tiene plena razón.

Y si los nueve camaradas de la juventud comunista que han intervenido se tomasen el trabajo de examinar con cuidado la situación del joven comunista, que es la que mejor conocen, comprobarán que los jóvenes comunistas del Konsomol no sienten ser los miembros del partido en el interior de su organización, sino “jóvenes comunistas en el partido”.

Este es un hecho señalado muchas veces por los militantes más autorizados.

¿Cuál es la razón profunda de esto? Ocurre que en el régimen estrecho del partido, los jóvenes no tienen posibilidad de participar en la suma de riqueza común acumulada durante largos años de trabajo del partido. El mejor modo de transmitir a los jóvenes la tradición revolucionaria bolchevique, todas las cualidades que deben ser propias del cuadro del partido, es el nuevo curso de la democracia aplicado “conscientemente por la vieja generación en interés de la continuidad de su influencia directiva”.

He aquí que, en lo que respecta a la esencia del problema, no es Trotsky quien ha “cogido por los pelos” la cuestión de los jóvenes (vinculada, según su opinión, a todas las razones que motivan el nuevo curso en el partido) sino que son los autores de las cartas los que le atribuyen posiciones que nunca sostuvo.

En efecto (aunque sea involuntariamente), los nueve camaradas que han hecho intervenir a la juventud comunista en la discusión, han reducido todo a la cuestión de las dos generaciones, sin vincular este problema al conjunto de la discusión y de todos los problemas que se le plantean actualmente al partido. Y cuando el mismo problema de las generaciones es planteado de manera errónea, cuando es desnaturalizado, toda intervención en este sentido no puede menos que ser un paso en falso: si estas intervenciones conducen a una discusión de los militantes del Konsomol, esta discusión seguirá una línea falsa y provocará aquel tipo de disenso contra el que se ha levantado el propio Trotsky.

El Comité Central del Konsomol ha decidido no someter a una discusión, particular de los miembros del partido que trabajan en la organización de los jóvenes, los problemas suscitados en la discusión del partido. Consideramos esta decisión como injusta, pero de todos modos, ésta no legitima el artículo aquí mencionado. Si la decisión que prohíbe que la discusión sea llevada al Konsomol es justa, estos camaradas del Comité Central han creído necesario entrar en la discusión para no decir nada de nuevo, salvo una grosera acusación contra Trotsky, inclinándose no se sabe ante cuál “divina trinidad”. ¿Cómo explicar este hecho de otro modo que por el deseo de enfrentar a Trotsky con los jóvenes?

Nadie ha rechazado (y menos Trotsky) la necesidad de conservar la influencia preponderante, la dirección de los viejos cuadros del partido; esta necesidad es más que evidente para cada uno de nosotros. No discutimos el artículo de los nueve a propósito de esto.

Nos oponemos a que se atribuyan a los camaradas dirigentes del partido opiniones que ellos jamás expresaron, y por ello también nos oponemos a que se desnaturalicen los problemas, a observarlos bajo una luz falsa, particularmente delante de los jóvenes comunistas. *No queremos que se oculte la necesidad de crear en el partido una situación que permita formar verdaderos leninistas y no comunistas como aquellos de los que habla Lenin en el III Congreso del Konsomol:*

“Nosotros estamos por la unidad, por la dirección verdaderamente bolchevique del partido. Estamos lejos de cerrar los ojos sobre los peligros que amenazan a los jóvenes. Conscientes en cambio de estos peligros, no queremos que se oculte el problema del nuevo curso bajo el pretexto de defender los derechos históricos de la vieja guardia del partido contra atentados inexistentes.”

V. Dalin, miembro del CC del Konsomol
M. Fedorov, miembro del CC del Konsomol
A. Sochin, colaborador del CC del Konsomol
A. Bezimenski, uno de los fundadores del Konsomol, miembro del comité de Moscú
F. Deljusin, ex-secretario del Comité de Moscú
B. Treivas, ex-secretario del Comité de Moscú
M. Dugacev, uno de los fundadores del Konsomol

LA PLATAFORMA DE LOS 46

AL POLITBURO DEL COMITÉ CENTRAL DEL
PARTIDO COMUNISTA RUSO

Secreto

La extrema gravedad de la situación nos obliga (en interés de nuestro partido, en interés de la clase obrera) a declarar abiertamente que una prosecución de la política de la mayoría del Politburó acarrearía graves desastres para todo el partido. La crisis económica y financiera iniciada a fines de julio de este año, con todas las consecuencias políticas, comprendidas las internas al partido, que de ésta derivan, ha puesto implacablemente de manifiesto la ineficiencia de la dirección del partido, en el campo económico y sobre todo en el campo de las relaciones internas del partido.

El carácter casual, poco meditado y asistemático de las decisiones del Comité Central, que no ha logrado obtener resultados adecuados en el campo económico, condujo a una situación en la que, no obstante los indudables éxitos importantes en el campo de la industria, de la agricultura, de las finanzas y de los transportes (éxitos obtenidos en la economía del país de manera espontánea y no gracias a la dirección, a veces a pesar de su incapacidad o, incluso, en ausencia de toda dirección), nos encontramos frente a la perspectiva no sólo de la finalización de tales éxitos sino también de una grave crisis económica.

Estamos amenazados por un inminente derrumbe del *chervonets*, que ha ido transformándose en la moneda principal luego de la liquidación del déficit del presupuesto; por una crisis del crédito, en la cual el Gosbank no puede ya, sin correr el riesgo de un serio derrumbe, financiar la industria o el intercambio de productos industriales y ni siquiera la adquisición de grano para la exportación; por una interrupción de la venta de los productos industriales como consecuencia de los precios elevados, que se explican en parte por la ausencia de una dirección organizativa planificada en la industria, y en parte por una equivocada política crediticia; por la imposibilidad de llevar a la práctica el programa de exportación de grano debido a la incapacidad para adquirirlo; por los precios extremadamente bajos para los artículos alimenticios, que perjudican a los campesinos y amenazan con provocar una retracción en vasta escala de la producción agrícola; por las desigualdades en los salarios, que provocan un natural descontento entre los obreros, junto a un caos presupuestario, lo que indirectamente provoca el caos en el aparato estatal. El método "revolucionario" de efectuar reducciones

presupuestarias, y nuevas y evidentes reducciones al ponerlo en funcionamiento, dejó de ser una medida transitoria y se ha convertido en un fenómeno regular que perturba continuamente al aparato estatal y, como consecuencia de la falta de plan en las reducciones efectuadas, lo perturba de manera casual y espontánea.

Estos son algunos de los elementos de la crisis económica, crediticia y financiera que ya ha comenzado. Si no se adoptan inmediatamente medidas amplias, bien estudiadas, planificadas y enérgicas, si continúa la actual ausencia de dirección, corremos el riesgo de un colapso económico extremadamente agudo que acarreará inevitablemente complicaciones políticas internas y una parálisis completa de nuestra influencia y capacidad de acción externa. Y esto último, como es comprensible, nos es más necesario que nunca: de él depende la suerte de la revolución mundial y de la clase obrera en todos los países.

Análogamente, en el campo de las relaciones internas del partido vemos la misma dirección equivocada que paraliza y divide al partido; lo que aparece como particularmente claro en el período de crisis que estamos atravesando.

No creemos que todo se deba a la ineficiencia política de los actuales dirigentes del partido; por el contrario, aunque diferimos de ellos en la apreciación de la situación y en la adopción de los medios adecuados para modificarla, consideramos que los actuales dirigentes no podrían dejar de ser designados por el partido para los puestos más importantes en la dictadura proletaria. Nosotros explicamos los errores por el hecho de que detrás de la forma externa de la unidad oficial se da en la práctica un reclutamiento unilateral de los individuos, y una dirección de los asuntos que es unilateral y adaptada a las opiniones y simpatías de un grupo restringido. Como consecuencia de una dirección del partido distorsionada por tales consideraciones estrechas, el partido está dejando en gran medida de ser aquella viva colectividad independiente que con sensibilidad aferra la realidad de las cosas porque está ligada a esta realidad mediante miles de hilos. Comprobamos, en cambio, la siempre creciente, y hoy apenas oculta división del partido entre una jerarquía secretarial y la "gente tranquila", entre funcionarios profesionales de partido designados desde arriba y la masa general del partido que no participa en la actividad común.

Este es un hecho conocido por los afiliados al partido. Miembros del partido que están

insatisfechos por esta o aquella decisión del Comité Central o de un comité provincial, que tienen esta o aquella duda en su mente, que en privado enfatizan sobre este o aquel error, irregularidad o desorden, tienen temor de hablar de ello en las reuniones de partido, o a veces hasta siquiera conversar sobre tales problemas, a menos que el interlocutor sea absolutamente de fiar desde el punto de vista de la “discreción”; la libre discusión en el interior del partido ha desaparecido prácticamente, la opinión pública del partido está ahogada. En la actualidad, no es el partido, no es el conjunto de sus afiliados el que promueve y escoge a los miembros de los comités provinciales y del Comité Central del PCR (b). Por el contrario, la jerarquía secretarial del partido elige cada vez con mayor frecuencia a los participantes de las conferencias y congresos que se están convirtiendo cada vez más en las asambleas ejecutivas de esta jerarquía.

El régimen instituido en el interior del partido es absolutamente intolerable; destruye la independencia del partido, sustituyendo el partido por un aparato burocrático reclutado que actúa sin oposición en tiempos normales, pero que inevitablemente la provoca en los momentos de crisis, y que amenaza con transformarse en completamente ineficiente frente a los serios acontecimientos provocados por la crisis.

La situación así creada se explica por el hecho de que el régimen de la dictadura de una fracción en el interior del partido, creado de hecho después del X Congreso, ha sobrevivido a sí mismo. Muchos de nosotros aceptamos conscientemente someternos a dicho régimen. El giro político del año 1921, y después, la enfermedad del camarada Lenin, exigían, según algunos de nosotros, una dictadura en el interior del partido como medida coyuntural. Otros compañeros desde un comienzo asumieron frente a ella una actitud escéptica o negativa. De todas maneras, ya en la época del XII Congreso este régimen estaba superado. Había comenzado a mostrar el reverso de la medalla. Las ligazones en el interior del partido habían comenzado a debilitarse, el partido se apagaba. En su seno, movimientos de oposición extremos y evidentemente malsanos habían comenzado a adquirir un carácter antipartidario, dado que la discusión entre los compañeros acerca de los problemas fundamentales y controvertidos estaba ahogada. Tal discusión habría revelado sin dificultad el carácter malsano de estos movimientos tanto a la masa del partido como a la mayoría de los participantes de ellos. Aparecieron, en cambio, movimientos ilegales que atrajeron a los miembros del partido fuera de los límites partidarios y provocaron un divorcio entre el partido y las masas trabajadoras.

Si la situación así creada no es modificada radicalmente en un futuro inmediato, la crisis económica en la Rusia soviética y la crisis de la dictadura de fracción en el partido infligirán duros golpes a la dictadura obrera en Rusia y al Partido Comunista Ruso. Con tal peso sobre sus espaldas, la dictadura del proletariado en Rusia y su guía, el PCR, no pueden afrontar la fase inminente de nuevas agitaciones a escala mundial, y la perspectiva es la de ser derrotados en todo el frente de la lucha proletaria. Naturalmente, a primera vista sería más simple resolver la cuestión diciendo que en este momento, consideradas todas las circunstancias, no hay ni puede haber posibilidad alguna de plantear el problema de un cambio en la orientación del partido, de poner a la orden del día nuevos y complicados objetivos, etc. Pero es perfectamente claro que tal punto de vista equivaldría a cerrar oficialmente los ojos sobre la situación real, dado que todo el peligro consiste en el hecho de que no existe una verdadera unidad de pensamiento y de acción frente a una situación interna y externa extremadamente complicadas. La lucha que se está llevando a cabo en el partido es tanto más áspera cuanto más silenciosa y secretamente se entabla. Si nosotros planteamos esta cuestión ante el Comité Central, es precisamente para provocar la más rápida y menos dolorosa solución a las contradicciones que laceran al partido y para asentarlos rápidamente sobre una base sana. Es indispensable una real unidad en las opiniones y en las acciones. Las dificultades planteadas requieren de todos los miembros del partido una acción unida, fraterna, plenamente consciente, extremadamente vigorosa, extremadamente concentrada. El régimen de fracción debe ser abolido, y esto debe ser hecho en primer lugar por quienes lo crearon; debe ser sustituido por un régimen de unidad entre camaradas y de democracia interna de partido.

A fin de esclarecer lo anteriormente expuesto y de adoptar las medidas indispensables para salir de la crisis económica, política y de partido, nosotros proponemos al Comité Central, como primera y urgente iniciativa, convocar una conferencia de los miembros del Comité Central, junto con sus más eminentes y activos funcionarios del partido, de modo tal que la lista de los convocados comprenda un cierto número de compañeros que tengan opiniones distintas de las de la mayoría del Comité Central

Firmas debajo de la Declaración al Politburó del Comité Central del PCR sobre la situación interna del partido del 15 de octubre de 1923

E. Preobrazhenski
B. Breslav
L. Serebriákov

No estando de acuerdo con algunos de los puntos de esta carta que explican las causas de la situación creada, pero considerando que el partido se encuentra frente a problemas que no pueden ser completamente resueltos con los medios practicados hasta ahora, me asocio plenamente a la conclusión final de la presente carta.

A. Beloborodov

Concuerdo plenamente con las propuestas, aunque disiento sobre algunos puntos de los considerandos.

A. Rosengolts
M. Alski

Sustancialmente comparto los puntos de vista de este llamamiento. La exigencia de afrontar directa y sinceramente todos nuestros males se ha vuelto tan urgente que apoyo plenamente la propuesta de convocar la sugerida conferencia a fin de establecer los medios prácticos para escapar a la acumulación de las dificultades.

Antonov-Ovséenko
A. Benedíktov
I. N. Smirnov

No concuerdo con diversas opiniones de la primera parte de la declaración. No concuerdo con diversas caracterizaciones de la situación interna del partido. Al mismo tiempo, estoy profundamente convencido que la situación del partido requiere que se adopten medidas radicales; porque actualmente esta situación no es sana. Comparto plenamente la propuesta práctica.

A. Bubnov
A. Voronski
V. Smirnov
E. Bosh
I. Bik
V. Kosior
F. Lokackov

Concuerdo plenamente con la evaluación de la situación económica. Considero peligroso en este momento un debilitamiento de la dictadura política, pero es indispensable una clarificación. Considero absolutamente indispensable una conferencia.

L. Kaganovich
Drobnis
P. Kovalenko
A. E. Minkin
Y. Yakóvleva

Concuerdo plenamente con la propuesta práctica.

B. Elsin

Firmo con la misma reserva del compañero Bubnov. Aunque no comparta la forma y el tono, cuyo carácter me impulsa tanto más a concordar con la parte práctica de la declaración.

I. Paliudov

No concuerdo del todo con la primera parte que trata de la situación económica del país; efectivamente, ésta es muy seria y requiere un examen extremadamente atento, pero hasta ahora el partido no ha producido hombres que lo dirigirían mejor que aquellos que lo están haciendo hasta ahora. Sobre el problema de la situación interna del partido, considero que hay un elemento sustancial de verdad en todo lo dicho, y considero esencial la adopción de medidas urgentes.

F. Sudnik
Ju. Piatakov
V. Obolenski (Osinski)
N. Murálov
T. Saprónov

La situación en el partido y la situación internacional son tales que requieren, ahora más que nunca, un especial esfuerzo y concentración de las fuerzas del partido. Me asocio a la declaración y la considero *exclusivamente* como una tentativa para reconstituir la unidad del partido y prepararlo para los futuros acontecimientos. Es natural que en este momento haya que excluir todo tipo de lucha en el interior del partido. Es necesario que el Comité Central evalúe ponderadamente la situación y adopte urgentes medidas para eliminar el descontento en el seno del partido y aun entre las masas no pertenecientes al partido.

A. Goldman
V. Máximovich
D. Sosnovski
Danishevski
O. Smidel
N. Vaganian
I. Stukov
A. Lobanov
Rafaíl
S. Vasílichenko
M. Zakov
A. M. Puzakov
N. Nikolaev

Dado que en los últimos tiempos estuve sobre todo al margen del trabajo de los organismos del partido, me abstengo de todo juicio sobre los dos primeros párrafos de la parte introductoria; sobre el resto estoy de acuerdo.

Averin

Concuerdo con la exposición de la primera parte sobre la situación económica y política del país. Considero que en la parte que describe la situación interna del partido hay una cierta exageración. Es absolutamente indispensable adoptar

inmediatamente medidas para salvaguardar la unidad del partido.

L. Bogoslavski
P. Meschaiev
T. Shorecko

Edita: Grupo Germinal (en defensa del marxismo)



para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es

VISITA NUESTRA PÁGINA: <http://grup-germinal.org/>